

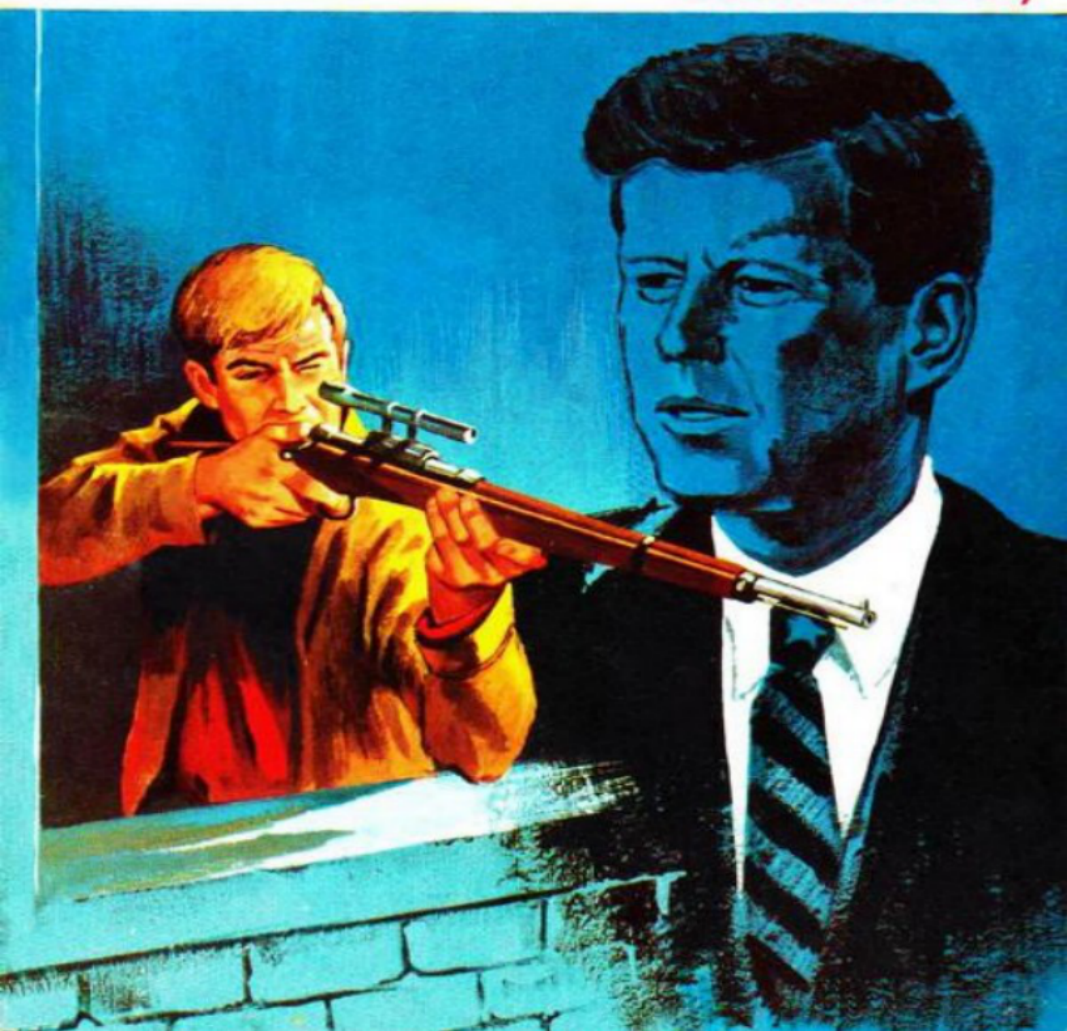
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el hombre que mató a J.F. Kennedy

adam surray





SS **SERVICIO SECRETO**



ADAM SURRAY

EL HOMBRE QUE MATO A J. F. KENNEDY

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.153
Publicación semanal
Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 31.499 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1972

© ADAM SURRAY - 1972

texto

© JOSE TRIAY - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.148. — «Terror Story».

CAPÍTULO PRIMERO

Mi nombre es Mickey Kendall.

Detective privado.

Pesquisa.

Buceador de basuras...

Modestamente puedo asegurar que soy el mejor detective de Nueva York. Admirado y respetado en todo Manhattan. Seis meses atrás recibía un cheque de veinticinco mil dólares de manos del magnate Gregory Brown. Una simple recompensa por haber rescatado a su hijo de unos secuestradores. El F.B.I. aún no me ha perdonado la jugada. Los sabuesos de Hoover buscaban al hijo de Brown en Ohio. Yo, sin moverme de Manhattan, le rescataba de una sucia casa de The Bowery.

Soy un fulano con olfato.

Aquello me valió veinticinco mil dólares.

Y ahora no tengo un centavo en los bolsillos.

¿No es posible gastar veinticinco mil dólares en seis meses? Seguro que sí, compañero. Pagué todos los atrasos al buitre de David Simmons. El tener un apartamento en la Quinta Avenida ocasiona gastos, pero también proporciona ventajas. Los clientes quedan deslumbrados. Cambié mi viejo «Mercury» por un aerodinámico y deportivo «Chevrolet Corvette». Y el resto del dinero...

Yvonne.

Sharon.

Jean...

Sí, diablos.

Ellas han sido las causantes de mi ruina. También influye el no haber recibido ningún otro trabajo desde el caso Brown. Estoy en las últimas. Dos meses de alquiler al buitre de Simmons. Cuatro mensualidades a mi secretaria Patty... No quiero seguir. Mejor no recordar ciertas cosas.

Yo, Mickey Kendall, el detective más famoso de Nueva York, sin un centavo en el bolsillo. Para más desgracia acabo de vaciar mi última botella de «Johnnie Walker».

Maldita sea...

Oigo un ruido en la antesala del despacho. Alguien entra en el apartamento. Solo dos personas tienen llave. Mi secretaria Patty y el buitre de David Simmons. El pensar que pueda tratarse de mi casero me hace palidecer. Dos meses de retraso en el pago del alquiler no es para desorbitar las cosas, pero Simmons es un mal bicho.

Me incorporo del sillón encaminándome hacia la antesala. Al abrir

la puerta vidriera no puedo evitar una sonrisa.

Es Patty.

Mi encantadora secretaria.

—Hola, nena.

Patty arruga la nariz en un delicioso mohín. Me mira de arriba abajo con sus grandes ojos negros. Yo también le dirijo una mirada de admiración. Patty es algo fuera de serie. Tiene veinticinco años muy bien aprovechados. Hoy me ha sorprendido luciendo un atrevido modelito de Tailored Woman.

¿De dónde sacará el dinero?

Patty abrió los cajones de su pequeña mesa escritorio y comenzó a recoger sus pertenencias.

Aquello me escamó.

—¿Qué haces, Patty?

—Me voy.

Logré esbozar una sonrisa.

—¿Quieres el día libre? Perfecto, nena. Necesitas descanso.

—Lo único que necesito es irme de aquí. Perderte de vista, Mickey. Me voy para siempre.

—¿Es una broma?

Patty inspiró profundamente. Sus opulentos senos me hacen parpadear en vidriosa mirada.

—¿Te sorprende? ¡Dejar al gran Mickey Kendall! ¡Al irresistible Mickey! Pobre patán...

No soy un tipo mal parecido. Voy a cumplir los treinta años. Estatura cercana a los siete pies. Complexión atlética. Mi deporte preferido es el karate. Modestamente me creo en condiciones de tumbar a Joe Frazier. Mi rostro no es comparable al de Alain Delon, pero sí mejor que el de Karloff.

Tengo éxito con las mujeres.

Me aproximé lentamente a Patty. Mis manos se posaron en la cimbreante cintura femenina.

—¿Qué te ocurre, pequeña? ¿Enfadada por deberte cuatro mensualidades?

—Correcto.

—Tonterías. Insignificancias que no...

—Gregory Brown te dio veinticinco mil dólares.

—De eso ya hace seis meses.

—Lo sé, Mickey. No olvidaré el día. Me pagaste los atrasos más dos meses anticipados. Luego me llevaste al Barbetta.

Sí.

Recordaba el restaurante italiano donde dejé un buen puñado de dólares.

—Fue una noche maravillosa, Patty. Terminamos la velada

tomando unas copas en tu apartamento.

Aquello no debí decirlo. Los ojos de Patty llamearon furiosos y sus gordezuelos labios volvieron a dibujar un mohín de disgusto.

—Desde entonces no he recibido un centavo. ¡Cuatro meses sin paga!

—He tenido muchos gastos.

—Ya. ¿Con Yvonne? ¿Con Sharon...?

—¿Celosa?

Mis manos acariciaron la espalda de Patty descendiendo hasta su cintura. La estreché entre mis brazos buscando sus carnosos labios. La oí suspirar rendida por mis caricias cada vez más audaces.

Había logrado engatusarla.

Cuando ya mis labios rozaban los suyos me atizó un salvaje puntapié en la espinilla.

—¡El irresistible Mickey Kendall!... ¡Bastardo!

Patty terminó de empacar sus cosas.

—Oye, nena... no puedes dejarme ahora... Prometo pagarte antes de una semana.

Patty, ya junto a la puerta de salida, se volvió desafiante. Sus senos subían y bajaban en descompasado respirar. Era todo un espectáculo.

—No, Mickey. No te gusta trabajar. En estos meses has rechazado infinidad de casos.

—Indignos de mi categoría, nena. Tú lo sabes. Casos de divorcio, maridos burlados en busca de pruebas... ¡Basura!

—La basura proporciona dinero. No es prudente rechazarla. Te consideras muy superior, ¿verdad?

—Lo soy.

Patty rio divertida.

—Adiós, gran hombre. ¡Hasta nunca!

Así desapareció Patty de mi vida. Después de dos años de permanecer juntos, tan unidos... La eterna ingratitud femenina. Ya no volveré a ver la televisión en su coquetón apartamento.

Patty...

¡Al diablo con ella!

Sinceramente ya me estaba cansando. Siempre con un mismo tema de conversación. El dinero, dinero, dinero... Su sempiterna cantinela me fastidiaba. Creo que llevaba varios minutos hablando solo. Sin percatarme de la súbita presencia de aquella mujer.

¿Mujer o diosa?

Tardé en reaccionar ante su repentina aparición.

Era una mujer joven. Alrededor de los veintidós años. Rostro de perfecto óvalo enmarcado por negros cabellos. Ojos verdes y almendrados. La nariz pequeña, para no abusar. Labios carnosos y húmedos, de suave curva. Lucía una chaqueta sin cuello estilo blazer y

minifalda a grandes pliegues. Blusa y una corbata muy mona de lunares. En el Olimpo debían estar buscándola como locos.

Me sonreía bajo el umbral.

—¿Mickey Kendall?

—Ajá.

—¿Está solo?

Era una admiradora.

—Seguro.

La mujer desapareció dejándome algo perplejo. No habían transcurrido un par de segundos cuando surgió de nuevo. Acompañada de un individuo.

No pude evitar una leve exclamación de asombro.

Aquel fulano era Frank Beswick. El rey del petróleo, el príncipe del acero, el cacique del motor...

Una de las primeras fortunas de los EE.UU. Su base central, la Beswick Oil estaba radicada en Nueva York. La Beswick Steel en Ohio... De sus fabulosas industrias tenía delegaciones en todos los Estados.

Frank Beswick, a sus cincuenta años, era la imagen viviente del poder. Sus ojos, rodeados de grandes bolsas de carne, reflejaban cansancio. Sonrió al percatarse de mi estupor.

—Me conoce, ¿no?

¿Conocerle?

El *Life* le dedicaba un artículo en casi todos sus números. Era más famoso que Bob Hope. Sus campañas contra la intervención norteamericana en Vietnam hacían temblar a la Casa Blanca.

—En efecto, señor Beswick.

—Mi sobrina me ha informado que se encuentra solo. Lo prefiero. Mi visita debe ser ignorada por todos. ¿Podemos hablar? Tengo un importante y peligroso trabajo para usted.

El corazón comenzó a latirme con fuerza. Abrí la puerta de mi despacho dejando paso a mis ilustres visitantes.

Frank Beswick y su encantadora sobrina penetraron en la reducida estancia. Creo que les causó buena impresión el magnífico mobiliario. Un despacho en la Quinta Avenida neoyorquina siempre produce impacto.

Procuré ocultar con disimulo la vacía botella de «Johnnie Walker».

Beswick y su sobrina se acomodaron en confortables sillones. La muchacha cruzó las piernas ofreciendo el fugaz espectáculo de sus largos y esbeltos muslos. Por un instante me olvidé del poderoso personaje que estaba ante mí. Solo tenía ojos para las piernas de la mujer. La minifalda era un gran invento.

—Kendall, he seguido sus éxitos profesionales con marcado interés. No solo el caso Brown, sino otros que no han sido aireados por la

Prensa. Sé que es el mejor detective de Nueva York.

Sonreí con falsa modestia. No me decía nada nuevo.

El potentado dirigió una mirada a su sobrina.

—Stella...

Se llamaba Stella.

Un bonito nombre.

La muchacha abrió un pequeño bolso de mano para extraer un rectangular papel que depositó sobre mi mesa escritorio. Era una cheque a mi nombre. La cifra bailó ante mis incrédulos ojos.

¡Un millón de dólares!

La voz de Beswick me llegó como procedente de un lejano eco.

—Es para usted, Kendall. Siempre que realice con éxito el trabajo que voy a encomendarle.

Tragué saliva con dificultad. De buen grado me hubiera atizado un largo vaso de *whisky*.

—¿Cuál es mi misión?

Frank Beswick se reclinó en el sillón entornando sus cansinos ojos. Su voz fue apenas un susurro.

—Descubrir al hombre que mató a John Fitzgerald Kennedy.

CAPÍTULO II

Entorné los ojos para dirigir una inquisitiva mirada a Frank Beswick. Un tipo gracioso.

—¿Descubrir quién mató a John F. Kennedy?

—Eso he dicho.

Sonreí.

Yo también tengo sentido del humor. Mis manos acariciaron el cheque antes de guardarlo en el bolsillo superior de la chaqueta. Después de lanzar una mirada a los muslos de Stella, clavé mis ojos en Beswick.

—Bien, señor Beswick. Caso solucionado. Un tal Lee Harvey Oswald disparó sobre Kennedy el día 22 de noviembre del año 1963. El suceso ocurrió en Dallas, Texas. El arma utilizada fue un fusil «Mannlicher-Carcano», de fabricación italiana y de 6,5 mm. Oswald fue liquidado por un tal Jack Ruby. Este falleció el 3 de enero de 1967 en el hospital Parkland a consecuencia de un coágulo de sangre. Puedo proporcionarle más detalles, pero ahora no tengo a mano el informe Warren. Gracias por el millón de dólares, señor Beswick.

Frank Beswick sonreía plácidamente. Comenzó a mover la cabeza en señal de muda afirmación. Sus ojos, semiocultos por las grandes bolsas de carne, adquirieron fuerte brillo.

—Fue un acierto recurrir a usted, Kendall. Es sin duda el hombre que busco. Tiene buena memoria. Yo también recuerdo todo lo ocurrido en aquel trágico 22 de noviembre. Oswald, Ruby, el informe Warren... ¿Es esa la verdad?

—No hay otra, señor Beswick. Precisamente ahora, a diez años del magnicidio, las radiografías secretas de la autopsia están siendo estudiadas por reconocidos expertos en patología. Todos se muestran conformes con el informe Warren.

—Oswald, al ser detenido, juró su inocencia.

—El disparó sobre Kennedy. No existe duda posible.

—¿El solo?

—Ajá.

—Puedo demostrarle lo contrario, Kendall. Había otro hombre en Dallas dispuesto a disparar contra el presidente. Puede que no llegara a hacerlo... o tal vez sí. Ignoro también si era cómplice de Oswald.

Mi rostro reflejó una mueca de incredulidad que no pasó desapercibida para Frank Beswick.

El rey del petróleo prosiguió:

—¿Sorprendido? Yo soy un admirador de los Kennedy. No solo por

mi condición de demócrata, sino por cariño y respeto al clan Kennedy. El magnicidio me llenó de horror y vergüenza. Juré no descansar hasta descubrir a los culpables. Durante estos diez años no he permanecido inactivo. He movilizado una legión de detectives, periodistas, agentes... Lee Harvey Oswald no actuó por propio impulso como asegura el informe Warren. Fue pagado por una organización para eliminar al presidente. Quiero descubrir quién maneja los hilos de esa organización. Mostrar a la nación a los verdaderos culpables. Oswald disparó, pero... ¿quién le ordenó hacerlo?

Estaba perplejo.

Frank Beswick me encomendaba un trabajo absurdo.

—Señor Beswick, no quiero engañarle. Para mí resultaría muy fácil y lucrativo aceptar la misión, pero no hay nada que investigar. Toda posible pista murió con Oswald.

—Yo voy a proporcionarle la pista, Kendall. Ganará un millón de dólares y se convertirá en un personaje famoso en todo el mundo. Estoy enfermo y puede que no viva por mucho tiempo. Antes de morir quiero descubrir al culpable. *Al verdadero culpable*. Esa es mi ambición y no me importa pagar un millón de dólares.

—Precio muy elevado para un capricho —respondí con algo de envidia. No lo puedo evitar. La gente forrada de dólares me produce una extraña sensación de malestar.

Frank Beswick chasqueó la lengua con apesadumbrado gesto.

—No me comprende, Kendall. No es un capricho. Yo admiraba profundamente a John F. Kennedy y quiero descubrir al mundo a su verdadero asesino. En estos diez años, desde el fatídico 22 de noviembre de 1963, no he cesado en mi empeño. Llevo gastados muchos miles de dólares.

—¿Con éxito?

—Relativo. Siete detectives privados que trabajan para mí murieron de forma violenta. Puedo proporcionarle la relación de ellos. Todos investigaban el magnicidio de Dallas. ¿Conocía a Dan Gascon?

No fue necesario hacer memoria. Dan Gascon era una detective famoso en Chicago. Capaz de dejar en ridículo al propio Sherlock Holmes. Apareció estrangulado en su apartamento de la Chicago Avenue. Pobre Dan...

—¿Dan Gascon trabajaba para usted?

—Sí, Kendall. Y fue él quien logró el máximo descubrimiento. El 22 de noviembre de 1963, en Dallas, un segundo rifle apuntaba al presidente Kennedy. Oswald y otro hombre.

Me mostré impasible. Con un cheque de un millón de dólares a mi nombre ya nada me impresionaba.

—Otro hombre, ¿eh? ¿Cómplice de Oswald?

—Lo ignoro. Dan Gascon se llevó el secreto al Más Allá. Solo

mentonó el nombre de un segundo asesino. Intenté sacarle algún otro dato, pero no quiso hablar hasta mostrarse seguro de sus pesquisas. Quería averiguar si aquel hombre era cómplice de Oswald y si disparó también sobre Kennedy.

—¿Quién es el hombre?

—Patrick Boddey.

Patrick Boddey.

Bien.

¿Y quién diablos era ese fulano?

—No me resulta familiar.

—Tampoco a mí, Kendall. Esa es su misión. Dar con el paradero de Patrick Boddey y descubrir su supuesta participación en el asesinato de Kennedy. Averiguar quién le pagó y si era cómplice de Oswald.

—¿Por qué no comunica el nombre a las autoridades? Se solucionaría el caso con mayor rapidez.

Frank Beswick sonrió levemente empujando los ojos que quedaron semicerrados por las prematuras arrugas de su rostro.

—Quiero descubrir al culpable. Al que organizó y pagó por la muerte de John F. Kennedy. Esa misteriosa persona puede ser alguien muy poderoso. Con grandes influencias y no dejar actuar a la policía. Estar por encima de todos. ¿Ha leído el libro de Manchester?¹

—Algún capítulo.

—Entonces comprenderá mis temores. Solo puedo encomendar el caso a una persona de confianza. A un particular ajeno a la política. Le he designado a usted. ¿Acepta?

—No.

Frank Beswick parpadeó, pero su capacidad de reacción fue rápida. Incluso esbozó una sonrisa.

—¿Por qué?

—Usted me pide un imposible. Descubrir la organización o persona que planeó la muerte de John F. Kennedy. Quedó demostrado por la comisión Warren que Oswald actuó por impulsos propios y que solo él disparó contra el presidente.

—Esa es la versión oficial. Dan Gascon llegó a otra conclusión. Puede que, efectivamente, Oswald obrara por su cuenta. Pero un segundo hombre, Patrick Boddey, también estaba dispuesto a matar a Kennedy. ¿Por orden de quién? ¿En complicidad con Oswald? ¿Sirviendo a una misma organización? Son las respuestas que quiero.

Mi mano derecha fue en busca del cheque. La bonita, fabulosa y codiciada cifra hizo brillar mis ojos. Con gran pesar tendí el papel a Beswick.

Este también pareció decepcionado.

—¿No acepta?

—¿Descubrir al hombre que mató a Kennedy? El culpable ya pagó

su crimen.

—Existe otro.

—¿Ese tal Patrick Boddey? No llegó a disparar. Suponiendo que las pesquisas de Dan Gascon fueran ciertas.

—Pero lo tenía planeado. Por orden de alguien. Una organización que pagó a Boddey... y tal vez a Oswald.

Aquello empezaba a aburrirme.

—Oiga, señor Beswick...

—¡Un momento! —me interrumpió el magnate alzando su diestra—. Usted está convencido de que fue Oswald, y actuando por su cuenta, el único culpable. ¿No es cierto?

—Correcto.

—Bien, Kendall. Le contrato para encontrar a Patrick Boddey y averiguar su supuesta intención de matar a Kennedy por orden de quién.

—¿Y si es inocente?

—Pagaré los honorarios que usted pida. Si descubre que existía un complot contra Kennedy, ajeno o no a Oswald, recibirá el millón de dólares. Siempre que descubra también a la organización o persona que planeó el atentado.

—¿Por qué tan alto precio?

—Ya se lo he dicho. Admiraba a John F. Kennedy... y soy un sentimental. Tengo una grave enfermedad. No quiero morir sin saber la verdad del magnicidio de Dallas. Un millón de dólares no significan nada para mí. Llevo años tras el verdadero culpable. Juré dar con él y siempre consigo mis propósitos.

Sí.

Creo comprenderle. Frank Beswick es un individuo acostumbrado a no fracasar. Convencido de que su fabulosa fortuna todo lo puede. Ha llegado a descubrir algo que el F.B.I. pagaría a precio de oro. Pero a Beswick no le interesa el dinero. Quiere la verdad.

Una verdad que puede resultar muy peligrosa.

—Bien. Encontraré a ese Patrick Boddey.

—Gracias, Kendall. Confío en usted.

—Patrick Boddey... ¿No sabe nada más de él?

—No. Habló con Dan Gascon días antes de su muerte. Solo mencionó ese nombre, sin añadir ningún otro dato. Recuerdo sus palabras. Patrick Boddey estaba dispuesto a matar a Kennedy, pero Oswald se le adelantó. Iba a averiguar si existía relación entre ambos cuando le asesinaron.

—Eso significa que seguía una buena pista.

Beswick asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Cierto. Su trabajo va a resultar peligroso, Kendall.

—Estoy acostumbrado.

—Le firmaré un cheque para los primeros gastos. Quiero imponerle una pequeña condición.

¡Ah, diablos!

Jamás me gustaron las condiciones.

—¿Cuál?

—Mi sobrina Stella le acompañará en sus investigaciones. A todas partes. Será su sombra.

Stella era todo un bombón.

Maravillosa.

Pero nunca me gustó llevar niñera.

—¿Por qué?

Frank Beswick sonrió comprensivo.

—Los detectives privados son gente huraña, enemigos de comunicarse con el cliente sin antes concluir el trabajo, ¿verdad? Dan Gascon era así. De haberse mostrado más explícito yo estaría al corriente de sus descubrimientos. No quiero que con usted ocurra otro tanto. Puede ser asesinado y llevarse el secreto a la tumba.

Muy gracioso.

Y optimista.

—De acompañarme su sobrina pueden ser dos las muertes.

—Me he expresado mal, Kendall. Ella le acompañará en todos sus desplazamientos y estará al corriente de la marcha de sus investigaciones. Lógicamente evitará toda situación comprometida o peligrosa.

Ya.

Niñera a distancia.

—De acuerdo, señor Beswick. Acepto el trabajo y su condición.

—¿Cuándo empieza?

—Puedo empezar de inmediato. Da la casualidad de que no tengo ningún otro asunto pendiente.

Stella, que había permanecido en silencio, dejó oír su aterciopelada voz.

—Extraño en el mejor detective de Nueva York.

Me pareció algo irónica.

Frank Beswick se había incorporado del sillón estrechando mi mano no sin antes depositar el nuevo cheque sobre la mesa.

—Hasta pronto, Kendall. Mi sobrina le dará un número de teléfono mediante el cual podrá ponerse en contacto con nosotros.

Yo estaba pendiente de la cifra del cheque.

Diez mil dólares.

Para los primeros gastos.

Pagar al buitre de David Simmons, nueva remesa de «Johnnie Walker»... También entregaría en el apartamento de Patty las cuatro mensualidades pendientes. No hay nada peor que tener deudas con una

mujer.

Te lo recuerdan toda la vida.

CAPÍTULO III

El caso encomendado por Frank Beswick me continuaba pareciendo absurdo. ¿Un segundo hombre dispuesto a matar a John F. Kennedy? ¿Llegó a disparar tintamente con Oswald? ¿Por orden de quién?

Según el informe Warren, y en la actualidad los expertos de patología que estudian las radiografías, ha quedado demostrado que solo Lee Harvey Oswald disparó. Pero ello no descarta la posibilidad de un cómplice. O tal vez de un hombre ajeno a Oswald.

Patrick Boddey.

¿Quién era Patrick Boddey?

Mi dedo índice se cansó de deslizarse sobre los Patrick Boddey que figuran en el listín telefónico. Solo la relación de Manhattan. Ciertamente el caso se presenta algo difícil.

Una aguja en un pajar.

¿Existe la aguja?

Sí.

De eso estoy seguro. Conocía personalmente a Dan Gascon. Un buen detective. Su único defecto era el ser honrado. Jamás hubiera engañado a Beswick ni a ningún otro cliente. Si Dan Gascon llegó a la conclusión de que había un segundo hombre apuntando a John F. Kennedy, era cierto. La muerte confirmaba sus palabras.

Patrick Boddey.

¿Cómo encontrarle?

Nada mejor que seguir los últimos pasos de Dan Gascon en Chicago.

Abandoné mi despacho de la Quinta Avenida con la indicación de que estaría ausente algunos días. David Simmons arrugó la nariz, pero cuando le pagué los atrasos sonrió como una foca recibiendo pescado. Incluso salió para abrirme la portezuela del coche. Un fugaz almuerzo en una «steak house» de confianza para luego dirigirme a mi apartamento.

Un reducido piso en el 2.712 de Oland Street. Cerca del Gramercy Park. Salón, dormitorio y cocina.

Apartamento de soltero.

He comprado una botella de «Johnnie Walker». El *whisky* despeja la mente y ayuda a pensar. Un cigarrillo en los labios un *long-play* del viejo Sinatra girando en el tocadiscos.

Me disponía a reclinar me en el largo sofá cuando suena el timbre de la puerta. Al encaminarme hacia el *living* dedico una fea palabra a los

inoportunos.

Mal hecho.

Una visita como aquella jamás resulta inoportuna. Stella me sonreía bajo el umbral.

—¿Puedo pasar?

—¿Cómo has dado con mi domicilio particular?

Stella amplió la sonrisa de sus gordezuelos labios. Había cambiado su minifaldero vestido por un conjunto de pantalón y chaqueta muy corta en color manteca. Los erectos senos de la muchacha destacaban poderosamente. Desafiantes.

Correspondió de buen grado a mi tuteo.

—Yo también soy algo detective, Mickey.

—¿Me has seguido?

—No. Te hubieras dado cuenta de ello. Antes de que mi tío te encomendara el caso habíamos recogido amplia información sobre tu persona. Estoy aquí para evitarte la molestia de llamarme. Pensabas hacerlo, ¿no?

Bella e inteligente.

Cosa rara.

—Seguro.

—¿Dónde vas a iniciar tus investigaciones? ¿En Dallas?

Penetramos en el salón. Sinatra finalizaba el *Night and day* y el tocadiscos enmudece automáticamente.

Los verdes ojos de Stella recorren con curiosidad el salón. Maravillados por el desorden reinante. Yo me dedico a contemplarla a ella.

—¿Por qué en Dallas, Stella?

—Allí mataron a Kennedy.

¿Bella e inteligente?

Ya me parecía a mí...

La mente femenina abarca muy poco. Stella imagina al sospechoso todavía en Dallas, con el rifle en sus manos, esperando...

—No, pequeña. Mi misión es encontrar a un tal Patrick Boddey. Si formaba parte de un complot para asesinar a Kennedy está aún por demostrar. Mi punto de partida será Chicago.

—¿Cuándo salimos?

—¿Piensas acompañarme?

—Por supuesto. Son las órdenes de mi tío. Debo llamarle cada veinticuatro horas y comunicarle la marcha de tus investigaciones. Si Dan Gascon hubiera sido más explícito, ahora conoceríamos el paradero de ese Patrick Boddey y los detalles de su supuesta participación en el magnicidio. Desgraciadamente volvemos a partir de cero.

—Solo te comunicaré datos concretos. Mis sospechas o deducciones

las guardo hasta que pueda demostrarlas con hechos. Al igual que Dan Gascon. No quiso hablar hasta mostrarse seguro.

—Y así se llevó el secreto a la tumba.

Terminé por encogerme de hombros. Discutir con mujeres es perder el tiempo.

—Hay dos reservas para el primer vuelo con dirección a Chicago. ¿Tienes preparado tu equipaje?

Stella sonrió coqueta.

—Llevo lo puesto. Ya compraré lo que necesite en Chicago.

Procedimientos de niña rica.

—*Okay*. Mientras telefoneas prepararé mis cosas.

Mi equipaje tampoco fue voluminoso. En un pequeño maletín guardé mi cepillo de dientes, un pijama, juego de prendas interiores y una «German Luger». En la funda sobaquera mi sempiterno acompañante: un revólver calibre treinta y ocho.

Stella me esperaba junto al teléfono del salón.

—Nuestro vuelo sale dentro de tres horas, Mickey.

—No tenemos mucho tiempo para llegar al aeropuerto. Mi coche debe quedar en el parking del edificio, y un taxi no...

—Iremos en mi auto. No me importa abandonarlo en el aeropuerto.

Sí, diablos.

Procedimientos de niña rica.

El viaje a Chicago, con tan encantadora compañía, prometía ser interesante. En la ciudad contaba con buenos amigos. Sería un placer verles de nuevo.

Ignoraba que en Chicago también se encontraba la muerte.

Nueva York-Chicago.

Dos horas de vuelo.

Ni tan siquiera me dio tiempo de leer el *Chicago Tribune* facilitado por la azafata. Nuestro paso por el servicio de control de O'Hare fue veloz. El carecer de equipaje nos evitó largas demoras. O'Hare, el aeropuerto internacional de Chicago, dista once millas del centro de la ciudad.

Stella era partidaria de coger el helicóptero, pero logré convencerla para realizar el desplazamiento de un taxi.

El conductor resultó ser un negro de amarillentos dientes. No me sorprendió. En una ciudad como Chicago todo era posible. ¿Por qué no encontrar un negro con los dientes amarillos?

—Al hotel Darbys.

Me recliné en el asiento. Con fingida indiferencia coloqué mi zurda sobre la rodilla de Stella. Esta no pareció percatarse.

—¿Conoces Chicago, Mickey?

—¡Seguro! Cuatro años de mi vida han transcurrido en esta pestilente ciudad. No los olvidaré.

El negro me dirigió una furibunda mirada. Para fastidiarle un poco más decidí narrar las delicias de Chicago.

—Sí, Stella. Una ciudad en verdad nauseabunda y repleta de palurdos. Cuando el viento llega a los Stock Yards² sientes deseos de vomitar. El humo de las fábricas, el sucio río que...

Stella rio en cantarina carcajada.

—No sigas, Mickey. También yo conozco Chicago. Me he maravillado ante el níveo mármol del Field Museum, admirado a Rubens y Rembrandt en el Art Institute, deambulado por el Boulevard Michigan... ¡Es una ciudad encantadora!

El taxista negro sonrió. Las palabras de Stella le habían devuelto el buen humor.

—¿Has permanecido más de un mes en Chicago?

—No.

—Para conocer una ciudad hay que vivir en ella. Reconozco que la jungla de Nueva York también empieza a fastidiarme. Un día de estos me largaré a un pueblo tranquilo de Oklahoma.

—Tú perteneces a la jungla, Mickey. No puedes desertar.

Stella estaba en lo cierto. Estoy condenado a vivir en la jungla de asfalto y respirar el contaminado aire. En una atmósfera pura me asfixiaría.

El taxi ya rodaba lentamente por las proximidades de Seward Park. El intenso tráfico era exasperante. El negro conducía con rutinaria indiferencia. Entre Holy Name Cathedral y la Chicago Avenue se alzaba el hotel Darbys.

El coche se detuvo en la zona de aparcamiento privado del hotel. Un uniformado portero acudió a abrir la portezuela.

Aboné la carrera añadiendo un par de dólares. El negro sonrió olvidando mis despectivas palabras hacia Chicago. Del brazo de Stella recorrí la amplia sala de recepción del Darbys. El conserje, un individuo atildado y de falsa sonrisa, nos dio la bienvenida.

—Dos habitaciones.

El recepcionista me miró como un bicho raro.

—¿Dos?

—Ajá.

—¿Pueden ser en un mismo piso? —inquirió Stella haciendo alterar mi pulso.

El conserje consultó el libro de reservas. A los pocos segundos asintió.

—Habitaciones 305 y 306.

Un empleado del hotel nos condujo hasta la tercera planta. Las

habitaciones se comunicaban entre sí. Aquel detalle no pareció importar a Stella. El botones se retiró con el encargo de subir una botella de «Johnnie Walker».

—¿Qué hacemos, Mickey?

Mis ojos se posaron en la muchacha. No por mucho rato. No podía distraerme con ciertas cosas. El deber, ante todo.

Yo soy así de imbécil.

—Voy a realizar un par de visitas.

—Te acompaño.

—No, pequeña. Debo ir solo. Mientras tanto puedes alquilar un coche. Discreto y poco llamativo. Pasaré a recogerte para la cena. ¿*Okay*?

Stella arrugó deliciosamente la nariz.

—Me gustaría ir contigo. Mi tío ordenó que...

—No puede ser, Stella. Debo establecer contacto con individuos poco recomendables. Gente tímida que no hablaría en tú presencia, ¿comprendes? Estoy dando los primeros pasos y nada importante puedes comunicar a tu tío.

—¿Piensas decir que trabajas para Frank Beswick?

—Eso es secreto profesional. Jamás revelo el nombre de mi cliente. Máxime cuando este me lo ha prohibido.

—¿Y la misión? Tienes que indagar sobre un hombre que intentó disparar sobre Kennedy.

Bella.

Simplemente bella.

—Si voy pregonando que busco a Patrick Boddey por intento de asesinato en la persona de John F. Kennedy, me encierran en un manicomio. No te preocupes por mis métodos, Stella.

—De acuerdo. Te deseo suerte en tus... primeros pasos. Recuerda que el nombre de mi tío debe permanecer al margen de tus pesquisas. Solo cuando se descubra la verdad, el nombre de Frank Beswick saltará a la primera página de todos los periódicos del mundo. ¡Frank Beswick, el hombre que descubrió el complot contra John F. Kennedy!

—Ambicioso tu tío, ¿eh?

—No, Mickey. Quiere conocer la verdad. El informe Warren no es completo. Si damos con ese Patrick Boddey se aclararán muchas cosas. Puede que mi tío, interiormente, sienta satisfacción por descubrir al mundo uno de los enigmas del siglo. Es lógico. Lleva diez años tratando de encontrar la verdad del magnicidio de Dallas. Quiere conocerla antes de morir. Puede que esa sea su ambición.

—Frank Beswick goza de un saludable aspecto.

El rostro de Stella se ensombreció apagándose el sempiterno brillo de sus verdes ojos.

—Está enfermo, Mickey. Mantiene su mal en secreto. Si su

enfermedad fuera del dominio público, se produciría el pánico en Wall Street.

—¿Enfermedad incurable?

La muchacha inclinó la cabeza.

—Sí, Mickey. Cáncer en avanzado estado.

CAPÍTULO IV

West Chicago Avenue.

En aquella populosa calle se alzaba el Edificio Unión Millay. En aquel descomunal bloque de cemento encontró la muerte Dan Gascon. En su reducido apartamento de la planta veinticuatro. Una abeja en una colmena. Sin duda su desaparición pasó desapercibida.

El apartamento de Dan Gascon ya estaría ocupado por otra persona que no le importaba habitar en el escenario de un crimen.

Por otra insignificante abeja.

Penetré en el edificio. Cuatro entradas comunicaban con los pisos. Me encaminé directamente a la sala de recepción señalizada con la letra «B». El hombre que permanecía tras el mostrador desorbitó los ojos.

—¡Mickey!

—Hola, Elliot. ¿Qué es de tu vida?

—Ya lo ves, Mickey. En esta jaula controlando a las fieras. ¿Llevas mucho tiempo en Chicago?

—Acabo de llegar. Estoy aquí cerca, en el hotel Darbys.

—Ya sabes lo de Gascon, ¿verdad?

Elliot Murray, uno de los conserjes del Edificio Unión Millay, había desembocado donde yo deseaba.

—Sí. Elliot. Recibí la noticia en Nueva York.

—Fue algo horrible, muchacho. Le estrangularon con una media de seda. La pobre Shirley descubrió el cadáver.

—¿Shirley?

—La hermana de Gascon. ¿No la recuerdas?

—¡Ah, sí!... Trabaja como repórter gráfico en un semanario femenino, ¿no es cierto?

—En el *Betty*.

—¿Tienes su domicilio?

Elliot Murray era zorro viejo. Arqueó sus pobladas cejas para dirigirme una inquisitiva mirada.

—¿Vas a hacerte cargo del asunto?

—¿De qué asunto? —pregunté con la más inocente de mis sonrisas.

—La muerte de Dan Gascon. Descubrir a su asesino.

—Tenemos a la policía local, Elliot. ¿No está investigando el caso?

Murray soltó una fea palabra en honor de la Metropolitan Police.

—El teniente Kellog de Homicidios husmeó durante un par de días por aquí. Por el momento con resultados negativos. También se dejó ver algún agente del Federal Bureau of Investigation.

—¿El F.B.I.?

—También me sorprendió a mí, Mickey. Me hicieron varias preguntas relacionadas con la vida y costumbres de Gascon. Reconozco que no les fui de mucha ayuda. Por esta puerta entran y salen miles de personas al día. Todos los apartamentos son oficinas y despachos comerciales. Mucha gente ni tan siquiera se digna dirigirme un saludo. ¿Cómo diablos iba a llevar control de los visitantes de Gascon? ¡Es imposible!

—¿Alguna compañía asidua?

—Tú conocías a Gascon. Era un fulano alegre. Con frecuencia invitaba a alguna chica a su apartamento, pero nunca le vi dos veces con la misma mujer.

—¿Nervioso últimamente?

Elliot Murray se acarició la barbilla para luego mover la cabeza de arriba abajo.

—Pues... sí. Le encontraba algo preocupado. Gascon no era amigo de hacer confidencias. Yo tampoco me atreví a preguntar el motivo de su nerviosismo.

—¿Puedes darme el domicilio de Shirley?

—El 133 de Kersen Road. En el Barrio de Dolmette.

—Gracias, Elliot. Nos volveremos a ver.

—Suerte, muchacho. No tengas piedad con el asesino.

Sí.

Murray era zorro viejo.

Abandoné el edificio consultando la esfera de mi reloj. El Barrio de Dolmette se hallaba próximo al Lincoln Park. Al norte de la ciudad. Muy lejos de la zona donde me encontraba.

La visita a Shirley, aunque importante, quedaba de momento aplazada. También el teniente Kellog podía serme de mucha ayuda, pero desgraciadamente me la tenía jurada. En mis cuatro años de permanencia en Chicago tuvimos ligeras desavenencias. Incluso realizó trámites para quitarme la licencia.

No.

El teniente Kellog quedaba descartado.

¿A quién acudir?

Encendí un cigarrillo mientras lanzaba una mirada en busca de un taxi libre. Ya había decidido.

Buscaría información en el F.B.I.

★ ★ ★

Pulsé el llamador.

La puerta se abrió a los pocos segundos. Esperaba cualquier cosa menos aquello. Por eso quedé con la boca entreabierta y parpadeando como un estúpido. La muchacha que apareció bajo el umbral no

tendría más de los dieciocho años. Lucía una blusa anudada bajo el busto y unos reducidos «shorts».

Solo eso.

Teniendo en cuenta que de la blusa no había un solo botón ajustado, se comprende mi estupor.

—Creo que me he equivocado de...

—Mickey... ¡Mickey!

La jovencita me arrojó los brazos al cuello.

Segunda sorpresa.

Mucho más agradable que la primera.

Estaba convencido de que aquella linda muchacha sufría un error. No obstante decidí aprovecharlo. Mis manos iban a rodear la desnuda cintura femenina, cuando sonó la seca y autoritaria voz.

—Quieto, Mickey.

La joven se separó de mí volviéndose hacia el hombre que había aparecido en el *living*.

—¡Papá!... ¡Es Mickey!

El rostro del hombre reflejó una desagradable mueca. Como si le hubieran pisoteado el estómago.

—Ya lo veo, hija.

Reconozco que estaba algo aturdido. Mis ojos se posaron más detenidamente en la muchacha.

—Eres... ¿Eres Lucille...?

—¡Claro!

—¡Diablos!

Mi espontánea exclamación hizo reír a la joven.

—¿Tanto he cambiado, Mickey?

Llevaba tres años ausente de Chicago. Todo parecía seguir igual. Sin embargo... Lucille, aquella mocosa y desgarrada chiquilla, se había convertido en una encantadora mujercita.

—¡Ya lo creo! No te hubiera reconocido. Estás... estás muy...

—¿Visita de cumplido, Mickey? —me interrumpió el hombre de canosos cabellos.

Sonreía ofreciendo mi diestra.

—Hola, Richard. No pareces muy contento de verme.

Richard Begley, S.A.C.³ del Federal Bureau of Investigation para la metrópoli de Chicago, hizo caso omiso a mi amistoso gesto.

—¿Por qué iba a alegrarme? Siempre me has traído complicaciones. ¿Qué buscas ahora?

—¡Papá! ¡No debes hablar así a Mickey!

—Tú cierra la boca, Lucille. ¡Y ponte algo por encima!

—Mickey es de confianza.

Forcé una sonrisa evitando extasiarme con la visión de los juveniles senos que la blusa mostraba con generosidad.

Sí.

¡Cómo cambia la juventud!

—No te quedes ahí, Mickey. Entra —invitó Richard Begley—.

¿Cuándo has llegado?

—Hoy.

—¿Algún trabajo en Chicago?

—¡Oh, no! Solo saludar a los buenos amigos.

—Ya.

Pasamos a un amplio salón magníficamente amueblado. La decoración también era excelente. De vanguardia. El F.B.I. paga bien a sus hombres. Y Richard Begley era pieza importante en la organización de Hoover.

—Vamos a mi despacho, Mickey —Lucille hizo ademán de seguimos, pero la voz de su padre la detuvo—. No te he llamado, Lucille. Tu madre está al llegar y necesitará ayuda para preparar la cena.

—Yo quiero...

La pobre muchacha quedó con la palabra en la boca. Begley y yo nos encerramos en el despacho. En la biblioteca había un pequeño mueble-bar que ya me era familiar por anteriores visitas.

Richard Begley pareció leer mis pensamientos.

—Puedes servirte un *whisky*, Mickey.

El S.A.C. se acomodó tras su mesa escritorio. Fui junto a él con un vaso de *whisky* en la mano. Begley no probaba el alcohol. Tampoco fumaba. Era un fulano muy extraño.

—Saludar a los viejos amigos, ¿eh, Mickey?

—Correcto. Desgraciadamente alguno ya ha desaparecido del mundo de los vivos.

—¿Te refieres a Gascon?

—Sí.

Begley se reclinó en el asiento jugueteando con un cortaplumas. Sus ojos, hasta entonces inexpresivos, brillaron burlones.

—Lo ocurrido a Gascon es el motivo de tu visita, ¿no?

Era difícil engañar al hombre del F.B.I.

—Simplemente curiosidad, Richard. Dan Gascon era amigo mío. Buenos camaradas aunque no nos uniera una fuerte amistad. Su violenta muerte me afectó y quisiera conocer los detalles.

—El teniente Kellog te informará mejor que yo.

—Sabes que no le resulto simpático.

—El F.B.I. no interviene en un vulgar asesinato, Mickey.

Depositó el vaso de *whisky* sobre la mesa. Llevé a mis labios un cigarrillo sin apartar la mirada de Begley.

—¿No quieres complacerme?

—Nosotros no...

—El F.B.I. estuvo investigando la muerte de Gascon —interrumpí con leve mal humor—. ¿Por qué?

Begley sonrió.

—Nunca pierdes el tiempo, Mickey. Cierto. Desplacé a dos de mis hombres para colaborar con el teniente Kellog.

—¿Por qué?

—Eso no te incumbe. Para satisfacer tu curiosidad te diré que Dan Gascon fue estrangulado con una media de seda. Le narcotizaron previamente. Muchas huellas en su apartamento, aunque ninguna de interés. El teniente Kellog lleva el caso con la orden de mantenerme informado. Por el momento no hemos adelantado gran cosa.

—No es muy eficaz la Policía.

—En Chicago se cometen asesinatos todos los días. Hay que dar tiempo al bueno de Kellog.

—Me has aclarado muchas dudas, Richard. Gracias por tu valiosa información.

La marcada ironía hizo reír al S.A.C.

—No te puedo decir lo que ignoro. Más adelante tal vez. ¿Piensas permanecer muchos días en Chicago?

—Depende. Estoy reuniendo datos para un libro.

—¿Para un libro? ¿Tú?

—¿Por qué te sorprendes? ¿No me consideras capaz de escribir un libro? Soy un tipo instruido, Richard.

—Dudo que encuentres editor. ¿De qué trata tu libro? Bien.

Había llegado el momento de soltar el embuste.

—De la muerte de Kennedy.

Richard Begley entornó los ojos. Incluso me pareció verle palidecer.

—¿«Teddy» Kennedy?

—No. Sobre su hermano John. Quiero escribir la verdadera historia del magnicidio de Dallas.

—¡Estás loco! Se han publicado infinidad de libros sobre el tema. Lo ocurrido en Dallas ya pertenece al pasado.

—Te equivocas, Richard. Al permitir ahora el estudio de las radiografías de la autopsia, el magnicidio vuelve a la actualidad. No todos los patólogos se muestran conformes con la Comisión Warren. Hubo un complot para asesinar a Kennedy. Y puede que Lee Harvey no fuera el único en disparar.

—¿Te estás burlando de mí?

Aplasté el cigarrillo sobre el cenicero que adornaba la mesa. Contemplé fijamente a Begley. Pendiente de su reacción.

—¿Estás tú de acuerdo con el informe Warren?

—¡Por supuesto!

Sonreí con deliberada insolencia.

—Recuerdo una hipótesis que circuló antes de que la Comisión

Warren iniciara las investigaciones. Eutanasia.

—Oye, Mickey...

—Déjame seguir. El F.B.I. y la C.I.A. propusieron a Oswald para que eliminara al presidente, enfermo de cáncer, por razones de seguridad interna y de caridad.

—La madre de Oswald fue quien hizo circular ese absurdo —gruñó Begley con irritada voz—. ¡Fueron miles de versiones a cual más incongruente! ¿Quieres que te diga algunas? Se habló de que los grandes industriales del país, fabricantes de material bélico y en complicidad con altos ejecutivos del Pentágono, suprimieron a Kennedy porque deseaba una política de no intervención militar en el conflicto del Vietnam. Los periódicos rusos pregonaron una conspiración de la Casa Blanca encabezada por Lyndon B. Johnson. Otros afirmaban que la conspiración nació en Las Vegas, por los jefes de la *Maffia* deseosos que Robert Kennedy, entonces fiscal general, no contara con la valiosa ayuda de su hermano. Nueva versión culpaba a Fidel Castro. Este pagó a Oswald para que matara a Kennedy y evitar que Cuba fuera invadida por tropas norteamericanas. Incluso alguna mente calenturienta aseguró que todo era manejado por una organización misteriosa que ambiciona dominar el mundo...⁴ ¿Quieres que prosiga?

La larga parrafada de Begley no me impresionó. Estaba irritado y ese era precisamente mi deseo. Hacerle hablar.

—Conozco todas las versiones. Según tú, todo quedó solucionado con la muerte de Oswald. Ningún complot.

—¡No! ¡Ninguno!

—¿Qué me dices de la «lista de los malditos»?

—¿A qué te refieres?

—Si Lee Harvey Oswald actuó solo, ¿por qué se han producido misteriosas muertes relacionadas con el magnicidio?

—No recuerdo...

—¿De veras? Te refrescaré la memoria, Richard. Podemos empezar por Tom Howard, abogado defensor de Ruby. Murió, según la versión oficial, de un ataque al corazón. William Hunter, periodista que realizaba investigaciones sobre el magnicidio, murió de un balazo. Frank Martin, policía de Dallas, muerto tras haber prestado declaración ante la Comisión Warren. James Koethe, escritor que buscaba información para un libro relacionado con la muerte de Kennedy, murió a consecuencia de un golpe de karate y su misterioso asesino se apoderó de los apuntes reunidos. Earlene Roberts, patrona de la casa donde habitaba Oswald, falleció de una crisis cardíaca. William Whaley, taxista que llevó a Oswald, muerto en accidente de circulación. Warren Reynolds, individuo que presencié cómo Oswald disparaba sobre el policía Tippit, murió de un balazo en la cabeza. La famosa

periodista Dorothy Kilgallen, que entrevistó a Jack Ruby tras el asesinato de Oswald, apareció muerta en su apartamento de Nueva York... La lista se eleva a diecisiete⁵. ¿Qué opinas, Richard?

—Coincidencias.

—Muy gracioso.

Richard Begley se incorporó del sillón. Su rostro denotaba preocupación. Comenzó a pasear por la estancia.

—¿Cuál es tu misión?

—Pienso escribir un libro que...

—¡Al diablo con eso! ¿Me tomas por idiota? ¡Tú no eres capaz de escribir un prólogo! Te has hecho cargo del caso encomendado a Dan Gascon, ¿no es cierto?

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Tus preguntas sobre el magnicidio de Dallas te han delatado. ¿Quieres saber porque el F.B.I. se interesa por la muerte de Dan Gascon? Muy sencillo. Diabólicamente sencillo. Nuestro buen amigo Gascon me gastó una broma en el mismo día de su muerte.

—¿Una broma?

El hombre del F.B.I. interrumpió su deambular por el despacho para mirarme fijamente.

—Sí, Mickey. Una fea broma. Dan Gascon me aseguró saber quien organizó el complot para matar a John F. Kennedy.

★ ★ ★

Las palabras de Begley me obligaron a buscar una segunda ración de *whisky*. Aquello era en verdad sorprendente. Frank Beswick estaba en lo cierto. Había existido un complot contra Kennedy.

—Jamás lo hubiera sospechado, Richard. Tú, ferviente admirador del informe Warren, resulta que...

—Sigo de acuerdo con la Comisión Warren. Las palabras de Dan Gascon las considero como una broma de mal gusto.

—¡Seguro! Gascon, fulano gracioso, llevó su broma hasta el Más Allá dejándose estrangular en su apartamento. Todo muy divertido.

—¿Cuál es tu misión en Chicago?

—Secreto profesional, Richard.

El preocupado rostro de Begley cambió paulatinamente su expresión llegando a esbozar una sonrisa.

—Por un momento he estado tentado de obligarte a hablar, pero sería perder el tiempo. Eres terco como una mula. Vamos a colaborar juntos, ¿de acuerdo? Como dos buenos amigos. ¿Te interesa dar con el asesino de Gascon? Bien. Esa es también nuestra meta. Sabes que el F.B.I. te puede ser de mucha ayuda.

—¡No me digas!

Mi sarcasmo hizo enrojecer a Begley, pero continuó con la sonrisa a flor de labios.

—¿Colaboramos?

—*Okay*, Richard.

—Sé que no me dirás el nombre del cliente. ¿Puedo conocer el trabajo encomendado?

—Descubrir un supuesto complot contra John F. Kennedy.

Richard Begley, aunque de seguro esperaba aquella respuesta, parpadeó incrédulo. Sus largos años como agente del Federal Bureau of Investigation le habían convertido en un hombre frío y calculador.

Reaccionó de inmediato.

—¿Quieres darme a entender que Lee Harvey Oswald no actuó por su propio impulso?

—No he dicho tal cosa, Richard. Solo Oswald disparó contra Kennedy. Eso ha quedado demostrado. ¿Obedeciendo órdenes? Lo ignoramos.

—Y tú vas a descubrir la verdad, ¿eh?

—Al menos lo intentaré.

—La Comisión Warren siguió palmo a palmo la vida y hechos de Oswald. Dentro y fuera de Estados Unidos. Su estancia en México, Rusia... Todos sus pasos fueron estudiados minuciosamente. Nada se encontró que vinculara a Oswald con persona u organización. Actuó por su cuenta.

—No voy a investigar a Oswald.

En el rostro del S.A.C. se dibujó una nueva mueca de estupor.

—No comprendo...

—Pudo existir un segundo complot.

—¿Para asesinar al presidente?

—Sí.

Richard Begley comenzó a reír. Primero con suavidad. Segundos más tarde sus carcajadas resonaban en el despacho. La risa del hombre del F.B.I. era delatoramente nerviosa.

—¿He dicho algún chiste?

—Perdona, Mickey... Me has sorprendido... ¿Un segundo complot? ¿Qué ocurrió con él? ¿No llegó a tiempo a Dallas?

—Si descubro la verdad se borrará la sonrisa de tus labios, Richard. Puede que ilustres personalidades tiemblen desde sus altos puestos. En el Pentágono, en el Departamento de Justicia...

—¡Estás loco, muchacho! ¡Rematadamente loco!

—¿También lo estaba Gascon?

Begley dejó de sonreír.

—¿Dan Gascon investigaba ese supuesto complot?

—Sí. Yo le reemplazo.

—¿Un mismo cliente?

—Ajá.

—¿Por qué ese interés en el magnicidio de Dallas? Pertenece al pasado. Oswald cerró el último capítulo.

—Mi cliente es un fulano forrado en dólares. No sabe qué hacer con el dinero y lo despilfarra solucionando enigmas.

—Bien... Creo que has sido sincero conmigo, Mickey. ¿Puedes añadir alguna otra cosa?

Permanecí unos segundos en silencio. Quedaba lo más importante. El nombre de Patrick Boddey. El individuo que tenía orden de matar a Kennedy.

—No, Richard. Ahora te corresponde hablar a ti.

Begley se acomodó nuevamente tras la mesa escritorio. Sus manos volvieron a jugar con el cortaplumas.

—Dan Gascon me visitó el mismo día de su muerte. Quería hablar conmigo. Yo no me encontraba en casa y mi hija Lucille le atendió. Le pareció muy preocupado. Gascon se marchó sin esperarme. Horas más tarde le llamé a su apartamento por teléfono. Fue entonces cuando me dijo que había descubierto la conspiración que eliminó a John F. Kennedy. Yo me burlé de sus palabras y él replicó que al día siguiente tendría todas las pruebas en su poder. Desgraciadamente Gascon fue asesinado aquella misma noche.

—¿Dijo algún nombre?

—No.

Richard Begley no me había solucionado gran cosa. Aunque suficiente para mí. Gascon iba tras una buena pista.

Yo la seguiría.

—Estoy en el hotel Darbys. Si se descubre algo nuevo relacionado con la muerte de Gascon te ruego me informes.

—Lo mismo te digo, Mickey. Si encuentras un segundo asesino de Kennedy me lo comunicas.

La ironía de Begley era fingida. Estaba preocupado. Inquieto por las palabras que Gascon dijo antes de morir.

Abandoné el despacho.

Lucille continuaba en el salón. Tumbada voluptuosamente en el largo sofá. Con su reducida vestimenta. Se incorporó al verme aparecer.

—¿Te marchas, Mickey?

—Sí.

—¿Volverás a visitarnos?

—Por supuesto, pequeña. ¿Recuerdas la última vez que viste a Gascon?

El rostro de la muchacha se ensombreció.

—Sí... Pobre Dan... Quería hablar con mi padre. Estaba muy preocupado. Yo traté de entretenerle, pero no quiso esperar.

Recorrí con la mirada el cuerpo de Lucille. Endiabladamente

perfecto.

Lucille intentó retener a Gascon.

Sí.

El pobre Dan debía estar muy preocupado para rechazar tan agradable compañía. Abandonó a Lucille para ir al encuentro de la muerte.

CAPÍTULO V

Stella no había perdido el tiempo durante mi ausencia. Recorrió los elegantes almacenes de la Chicago Avenue regresando al hotel con voluminosos paquetes. A mi llegada ya lucía uno de los modelitos recién adquiridos.

Fascinante.

Un conjunto de noche compuesto por *short* y larga falda sobrepuesta y abierta hasta la cintura. La blusa era de gasa. Transparente.

Muy transparente...

Instintivamente sentí la garganta reseca. Afortunadamente la botella de «Johnnie Walker» ya se encontraba en la habitación. Dado lo avanzado de la hora, decidimos cenar en el restaurante del Darbys. Stella, con gran pesar por mi parte, se ajustó un gracioso chaleco que hacía juego con el *short*. No obstante atrajo muchas miradas de toda la concurrencia masculina del salón.

La cena transcurrió en trivial conversación. Solo a los postres mencionó Stella el caso encomendado por Frank Beswick.

—¿Algún adelanto, Mickey?

—No soy Superman, nena. Dame un poco de tiempo.

—Debo llamar a mi tío. ¿Qué le digo?

—Puedes hablarle del buen tiempo que disfrutamos en Chicago. Dile también que los Blackhawks han ganado su último encuentro de hockey.

Stella rio divertida.

—Reconozco que es prematuro, Mickey; pero mi tío ordenó una llamada diaria. Con o sin novedades importantes.

—Le llamarás más tarde.

—¿No nos retiramos?

—La noche es joven, Stella. Ahora nos vamos a una alegre sala de fiestas.

La muchacha recibió mi idea con una amplia sonrisa. Aboné la cena y, acompañados por las reverencias del *maitre*, nos encaminamos hacia la salida.

—¿Dónde está el coche?

—Allí en la esquina. Aquel «Buick».

Quedé con la boca entreabierta.

El auto, un lujoso «Electra 225» de la casa «Buick», era de color rojo intenso.

—¿Qué entiendes tú por un coche discreto y poco llamativo?

Stella hizo un mohín.

—¿No te gusta? Es el mejor que pude encontrar...

Con aquel coche era imposible pasar desapercibido. Opté por reír en alegre carcajada a la vez que rodeaba los hombros de Stella.

—¡Claro que me gusta! Cuando tu tío me suelte el millón de dólares me compraré uno igual.

Nos acomodamos en el interior del vehículo. Giré el volante saliendo del aparcamiento y enfilando hacia la Chicago Avenue. Burlé la populosa calle subiendo hacia Washington Square.

—¿Dónde vamos, Mickey? ¿A Old Town?

Pobre ilusa.

Por circular paralelamente a la North Wells Street creía ir a Old Town. Mis planes eran otros.

—No, Stella. Voy a llevarte a un lugar más original. Poco visitado por los turistas. Un ambiente muy distinto al que tú frecuentas. Te gustará. Distinto al sofisticado panorama de los elegantes *nights-clubs*.

—Me consideras una niña rica y mimada, ¿verdad?

—¿No lo eres?

Stella demoró unos instantes la respuesta.

—Sí, es posible... Mi madre murió al nacer yo. Mi padre, hermano de Frank Beswick, me consintió todos los caprichos. Falleció cuando yo contaba los dieciocho años. Mi tío Frank se hizo cargo de mí. También él está solo.

—¿Por qué no se casa?

La joven dio rienda suelta a los cascabeles de su garganta. Sus ojos brillaron con alegre fulgor.

—¡Es un solterón empedernido! Ninguna dama de la alta sociedad neoyorquina ha logrado cazarle. Y me consta que muchas lo han intentado.

—Lógico. El imperio de Frank Beswick es muy apetitoso. ¿Serás tú la heredera de todo?

Stella volvió a reír.

—¿Yo? ¡Oh, no! Frank Beswick tiene dos hermanos más y un buen número de sobrinos al frente de las distintas fábricas del país. Mi padre dirigía la Beswick Oil de Texas. Esa puede que sea mi herencia. Los Beswick formamos una gran familia.

Sí.

Conocía la historia de Frank Beswick por los repetidos reportajes del *Life* y otras revistas. Personalmente prefiero y me entusiasma más el *Playboy*, pero es bueno saber quién corta la manteca en EE.UU. Y Frank Beswick era uno de los poderosos. Petróleo, acero y maquinaria diversa. Ayudado por sus dos hermanos Stuart y Henry Beswick, más la colaboración de un elevado número de sobrinos. Todo quedaba en familia.

—Alguien deberá dirigir todo a la muerte de Frank Beswick. ¿Ya

hay candidato?

—Su hermano Stuart, actualmente en la central de Oklahoma, es el designado. El propio Frank así lo ha decidido.

—Y tú heredera de la Beswick Oil de Texas.

—Eso es.

—¿Quieres casarte conmigo, Stella?

Por tercera vez la cantarina carcajada de la muchacha resonó alegremente. Paulatinamente la sonrisa desapareció de los gordezuelos labios de Stella. Lanzó una inquieta mirada a su alrededor.

—¿Dónde estamos, Mickey?

—¿No conoces esta parte de Chicago?

—No...

—Es el barrio Badels. Muy semejante al mísero The Bowery de Nueva York. Aquí se encuentra la escoria y la basura de Chicago. Buena gente, aunque capaz de sacarte las tripas por un puñado de dólares.

—¿Por qué venir aquí?

—Esto es muy divertido.

La palidez de Stella no parecía compartir mi entusiasmo.

Giré a la izquierda para detener el «Buick» frente a la entrada de un club. Un neón no cesaba de parpadear en reiteradas intermitencias anunciando el nombre del local.

Malambo.

Un portero con descolorido uniforme abrió la portezuela correspondiente a Stella. Sus ojos bizquearon. Puede que por contemplar las piernas de la muchacha o tal vez perplejo por su elegancia para un tugurio como el Malambo.

Le solté un dólar que le hizo bizquear aún más.

—Vigila el coche, compañero.

Mi brazo derecho rodeó los hombros de Stella para infundirle ánimos.

Penetramos en el local.

Primero nos llegó un desagradable hedor a bestia humana. El perfume del almizcle y sándalo se entremezclaba con el sudor y tabaco adquiriendo nauseabundo resultado. La iluminación era casi nula. En una circular pista bailaban las parejas guiadas por una ruidosa orquesta.

—¿Una mesa? Por aquí...

El individuo nos llevó a una mesa distanciada de la orquesta. Solo por aquel detalle ya se ganó una buena propina. Stella solicitó un gin-tonic. A mí, que no me gusta variar, me fue servido un *whisky* sin soda.

La pieza terminó. Las luces, no muchas, se encendieron. El local era amplio. Los clientes muy heterogéneos. De todas las clases sociales. Aquello sorprendió a Stella. Más de un «pez gordo» estaba allí para contratar a un asesino a sueldo, buscar su ración de droga o pervertidos

placeres.

Conocía el ambiente.

Mis ojos recorrieron detenidamente la sala. Solté una maldición entre dientes al apagarse las luces. La orquesta inició su estridente música.

—¿Bailamos, Stella?

La muchacha, ya más animada y sin temor, aceptó sonriente.

Nos deslizamos por la pista. Mi mirada continuaba taladrando la penumbra reinante.

Buscando...

Los brazos de Stella se habían enroscado alrededor de mi cuello. Muy pegadita a mí. El turbador contacto de su cuerpo me hizo alterar el pulso. Deslicé las manos por su espalda acentuando el abrazo.

—Mickey...

—¿Sí?

—No puedo respirar...

Muy graciosa.

Ella era la que me cortaba la respiración.

Entonces le vi.

Era él.

El hombre que había ido a buscar. Estaba acodado en el mostrador junto a una pelirroja de voluminosos senos.

Intercambiamos una significativa mirada.

La orquesta cesó, pero las luces no se encendieron. La pista fue desalojada. Antes de llegar a nuestra mesa un haz de roja luz enfocó la puerta que conducía a los vestuarios. De allí surgió una mujer de escultural cuerpo. En la pista inició una original danza. Baile moderno, exótico y algo de la danza del vientre. A los pocos minutos, acompañada por una sensual música, comenzó un obsceno y descarado *strip-tease*. Sin el menor atisbo de arte.

Stella enrojeció como la amapola.

El espectáculo era algo fuera de serie, pero mis ojos estaban pendientes del individuo del mostrador. Le vi encaminarse hacia las dos cabinas telefónicas situadas al fondo del local.

—Voy a comprar cigarrillos, Stella.

—Yo tengo...

Stella extrajo de su bolso un paquete de «Winston». Lo rechazé con una sonrisa.

—No fumo emboquillado. Ahora vuelvo.

—¡Mickey...! ¡No me dejes sola...!

La oscuridad era casi completa. Tuve que ir palpando las mesas para aproximarme a las cabinas telefónicas. Un individuo me dedicó un feo insulto por privarle momentáneamente del espectáculo.

La mujer del escenario culminaba su *strip-tease*.

Las dos cabinas telefónicas estaban juntas. El ocupante de una de ellas comenzó a discar un número. Me introduje en la otra caseta. Mi diestra sobre el auricular sin llegar a descolgarlo.

Sonó el timbre.

Atrapé el micro con rapidez evitando que el sonido se prolongara.

—Hola, Clint.

—Maldito hijo de perra sarnosa, sucio bastardo... Sonreí.

Clint Satton no me había olvidado. Ni a mí ni a los quinientos dólares que le quedé a deber.

—Tranquilo, Clint. Cambia luego de cabina. Aquí encontrarás mil dólares.

Aquellas palabras calmaron a mi interlocutor.

—¿Es cierto eso, Kendall?

—Seguro.

—¿Vas a decirme que visitas el Malambo para pagar tu deuda conmigo?

—Es uno de los motivos.

—¿Y el otro?

—Encomendarte un pequeño trabajo.

—¡Lo sabía! —vociferó Clint Satton desde la cabina contigua. Casi era audible sin necesidad del teléfono que nos comunicaba—. ¡Pagas porque necesitas mis servicios! ¡No pienso ayudarte!

—Estoy forrado, Clint. Puedes juntar dos mil dólares.

—¿Dentro de otros tres años?

—Okay, viejo. Pago anticipado.

A través del micro me llegó la aguda risa de Satton.

—Ahora sí hablas mi idioma. Bien, Kendall. ¿Cómo te va por Nueva York? Estuve tentado de visitarte cuando el millonario Brown te soltó los veinticinco mil dólares, pero supuse que te acordarías de mí. No fue así.

—No tenía tu dirección, Clint.

—Comprendo. ¿A quién buscas ahora?

—Quiero información sobre un tal Patrick Boddey. Silencio.

Satton pareció quedar sin habla:

—¡Eh, Clint! ¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿Has tomado el nombre? Patrick Boddey. Un individuo que...

Clint Satton me interrumpió con ronca y quebrada voz.

Estaba temblando.

—No puedo ayudarte, Kendall. No... no... sé nada de ese fulano... Lo lamento.

—Eres tipo de recursos y amplias amistades. No quiero la información al momento. Puedes indagar y...

—No.

—¿Qué ocurre, Clint?

—Ese... ese hombre es dinamita, Kendall. Abandona el caso que tengas entre manos. Es un buen consejo. Gascon no quiso escucharme y...

Clint Satton se interrumpió, pero ya era tarde para rectificar. Se había ido de la lengua.

—Dos mil dólares, Clint.

—No... no es cuestión de dinero... yo...

—Puedo llegar a los cinco mil dólares, Clint. Pago al contado.

Satton comenzó a jadear. Nuevamente permaneció unos segundos en silencio.

—Dan Gascon se interesó por un tal Patrick Boddey —musitó ahora con voz leve—. Deduzco que es el mismo tipo que tú buscas.

—Correcto, Clint.

—Bien... el pájaro ha volado, Kendall.

—Explicate.

—Gascon me encomendó el trabajo. Buscar a un tal Patrick Boddey. La única pista se centraba en que el mencionado individuo había estado en Dallas el mes de noviembre de 1963. ¿Te das cuenta, Kendall? Buscar a un fulano con diez años de retraso. Hice ver a Gascon las dificultades, pero no le importó. Quería resultados. Su cliente debía ser hombre importante. También el bueno de Gascon estaba forrado. Me desplazé a Texas.

En Dallas inicié un largo recorrido preguntando a mis informadores. Nadie sabía nada. Los buenos amigos me aconsejaban que dejara de interesarme por Patrick Boddey. ¿Motivos? ¡Ahora viene lo mejor, Kendall! ¡La Mafia también busca afanosamente al tal Boddey!

Mis dedos se cerraron con más fuerza alrededor del micro. Comencé a sudar. Tal vez por estar en aquella reducida cabina... o por las palabras de Satton.

—¿Estás seguro, Clint?

—Renato Casalino, jefe de la Mafia en California, lleva tiempo tras la pista de Boddey; pero no es el único. Bruce Campbell, rey del Sindicato del Crimen de Las Vegas, también gasta miles de dólares por encontrar a Patrick Boddey.

Sindicato del Crimen, Mafia...

Todo coincidía con una de las versiones del magnicidio. El crimen organizado deseaba eliminar a John F. Kennedy para que su hermano Robert, en 1963 fiscal general, no contara con el valioso apoyo del presidente.

—Sigue, Clint.

—Renato Casalino y Bruce Campbell se han unido con el fin de cazar a Boddey. Le están buscando por espacio de diez años. Donde

fracasó el mundo del hampa, triunfé yo. Sí, Kendall. Yo di con Patrick Boddey. Un tipo listo. Permaneció escondido durante ocho años en un magnífico lugar. ¿Lo adivinas?

—No es momento de acertijos, Clint.

—Patrick Boddey, con nombre falso, se alistó voluntario para ir al Vietnam. ¿Qué te parece? Ingenioso, ¿eh? Casalino y Campbell recorriendo palmo a palmo el país... ¡y Boddey en Vietnam!

Sí.

Hay que reconocerlo.

El tal Patrick Boddey era un hombre inteligente... o un loco.

—¿Sigue allí?

—No. Regresó en el año 70 con los primeros evacuados por orden de Nixon. Con nombre supuesto permaneció en Nueva York, luego pasó a Ohio, más tarde en Kentucky y por último aquí, en Illinois. ¡En el propio Chicago! Descubrí su escondite después de largos meses de investigación. Un *bungalow* de la zona residencial de Clavell Boulevard. Gascon se llevó una buena alegría.

—¿Llegó a entrevistarse con Patrick Boddey?

—¡Seguro! Permanecieron juntos por espacio de una hora. Gascon salió muy risueño. Me dio dos mil dólares afirmando que el trabajo había terminado. Ciertamente terminó para Gascon. Aquella misma noche le estrangulaban en su apartamento. Volví a Clavell Boulevard, pero Boddey había desaparecido. Esa es toda la historia.

—¿Te dijo Gascon el porqué buscaba a Boddey?

—No. Ni me importaba. Yo no hago preguntas.

—¿Tampoco te comunicó su trabajo? Si había descubierto...

—No, Kendall. Conoces mi modo de obrar. Jamás hago preguntas. Es peligroso saber demasiado.

Me pasé el dorso de la mano por la frente. Tenía el rostro perlado de diminutas gotas de sudor. El caso, ya de por sí difícil, se complicaba aún más. Sindicato del Crimen, la Mafia...

—Clint... aquí en la cabina te dejo tres mil dólares.

—Muy generoso.

—Si consigues localizar nuevamente a Patrick Boddey encontrarás dos mil dólares más en la recepción del hotel Darbys.

—Ya no estará en Chicago, Kendall. Ese tipo es una pulga. Salta de un sitio a otro con pasmosa facilidad. Habla varios idiomas y tiene infinidad de pasaportes falsos.

—Confío en ti, Clint. Puedes llamarme al hotel Darbys.

—Okay, muchacho. Aunque no te prometo nada. Este es un asunto que no me gusta. De no ser por los cinco mil dólares te mandaré al diablo. ¿Has dejado ahí los tres mil?

—Sí.

—Perfecto. Hasta pronto.

—Suerte, Clint.

Saqué un fajo de billetes. Después de depositar los tres mil dólares sobre la horquilla del teléfono, tan solo quedaron doscientos en mi bolsillo. Afortunadamente en el hotel contaba con reservas. Los diez mil dólares proporcionados por Frank Beswick disminuían a pasos agigantados.

Abandoné la cabina al mismo tiempo que Clint Satton. No intercambiamos palabra alguna. Ni tan siquiera una mirada. Como dos desconocidos. Era lo más prudente. Satton penetró en la cabina para recoger el dinero.

—Mickey...

Stella estaba a poca distancia de las cabinas. Arrebolada hasta la raíz de los cabellos y respirando agitada.

—¿Qué ocurre, nena?

—Un hombre... ha estado importunándome y...

—Tranquila. Ya nos vamos. Creo que el ambiente del Malambo no es de tu agrado.

La pista se había poblado nuevamente de parejas. Una mujer de color cantaba con triste voz y nulo entusiasmo.

Tras abonar la consumición abandonamos el local.

El «Buick» rugió por las solitarias y malolientes calles del barrio Badels. Minutos más tarde el decorado fue cambiando. Era el reverso de la moneda. Calles más amplias, con profusión de luminosos de neón, con el deambular de gente pudiente... Todo ajeno a la miseria del barrio Badels.

Stella parecía irritada. Fumaba un «Winston» con nerviosos ademanes.

Mi mano derecha se posó en su rodilla.

—¿Enfadada?

—No fue correcto dejarme allí en la mesa, sola...

Sonreí a la vez que deslizaba la mano por el torneado muslo.

—¿Me perdonas?

La respuesta de Stella fue aplastar el cigarrillo en el dorso de mi mano. No pude evitar un grito de dolor y a punto estuve de atropellar a un indefenso y confiado peatón.

La risa de Stella se dejó oír.

—Eres un caradura, Mickey. Estás resultando... muy peligroso.

Aproveché la obligada parada de un semáforo para dirigir una penetrante mirada a la muchacha. Su blusa de gasa, el reducido *short* que la abierta falda dejaba al descubierto, sus bronceados muslos...

Ella sí resultaba peligrosa.

Ya estábamos próximos a la Chicago Avenue. La visión de la Holy Name Cathedral nos indicó el término del trayecto. Minutos más tarde estacionaba el «Buick» en el parking del Darbys Hotel.

Nada más penetrar en la habitación, los zapatos de Stella volaron por el aire acompañados de un profundo suspiro.

—¡Qué alivio...! Los zapatos nuevos son un tormento durante los primeros días. ¡Estaba deseando llegar!

No hice ningún comentario.

Fui en busca de la botella de «Johnnie Walker».

—Yo tomaré otro *whisky*, Mickey. Mientras me cambiaré de ropa y solicitaré larga distancia con Nueva York. Debo llamar a mi tío. ¿Alguna novedad?

Encendí un «Pall Mall».

—No, Stella. Por el momento nada importante que comunicar.

—Bien.

Stella se encaminó hacia la habitación contigua.

Cuatro dedos de *whisky* y unos cubos de hielo. En el vaso destinado a Stella añadí un poco de soda. Esperé a terminar el largo cigarrillo. Fui hacia la habitación de la muchacha portando los dos vasos en mi zurda. Llamé con suavidad.

Soy un tipo educado.

—Puedes pasar, Mickey.

Empujé la hoja de madera.

Stella estaba junto a la mesa de noche. Luciendo un vaporoso *deshabillé* como única prenda.

Tragué saliva con dificultad.

Stella atrapó el teléfono.

—¿Quieres llamar tú, Mickey? Mi tío se alegrará al oír tu voz.

Deposité los vasos sobre la mesa de noche. Mis manos se posaron en los desnudos hombros de Stella. Busqué sus gordezuelos labios.

La conferencia con Nueva York quedaba por el momento aplazada.

CAPÍTULO VI

No pude evitar un bostezo al incorporarme del lecho. Consulté la esfera del reloj depositado sobre la mesa de noche. Faltaban quince minutos para las ocho. No era todo lo temprano que yo hubiera deseado. Tenía que estar en el barrio Dolmette antes de que Shirley Gascon marchara a la redacción del *Betty*.

Una ducha de agua fría para reanimar. La máquina eléctrica me proporcionó un lamentable afeitado, pero aquello ya era habitual. Me ajusté la funda sobaquera junto con el revólver del treinta y ocho. No hice ademán de acudir a la habitación de Stella para despertarla.

Prefería ir solo.

En la sala de recepción del hotel dejé una nota para Stella. Disculpas y citándola para la hora del almuerzo. Fui en busca del «Buick». Tenía gracia. Dos días atrás, me encontraba desesperado y sin un dólar en los bolsillos. Ahora, al volante de un lujoso «Electra 225» y con la posibilidad de ganar un millón de dólares.

Un millón de dólares...

Fabulosa e increíble cantidad que solo un hombre como Frank Beswick podía desembolsar impasible.

Pago por descubrir una supuesta conspiración contra John F. Kennedy.

¿Existió realmente el complot?

Dan Gascon iba tras una buena pista, pero la muerte cortó su camino dejando todo en tinieblas. Muchos puntos oscuros. Detalles que no lograba comprender.

Crucé la East División Street subiendo hacia Lincoln Park. La ciudad ya había despertado. Un intenso tráfico dominaba las calles de Chicago. Los medios de transporte abarrotados. Incluso el deforme «Loop», aquel demoníaco Metro aéreo que serpenteaba al nivel de los pisos segundo y tercero de las casas.

Me adentré en el barrio Dolmette. Una amplia zona industrial. Como todas las de Chicago. Fábricas de conservas, maquinaria, imprentas...

Sí, diablos.

Chicago es una fea ciudad.

Pero, ¿queda alguna que no lo sea?

Varios rodeos me situaron en Kersen Road. El 133 correspondía a un viejo edificio de seis plantas. De fachada ennegrecida por el humo de las fábricas cercanas. Tuve que estacionar el «Buick» dos manzanas más abajo.

Encendí un «Pall Mall» tras abandonar el auto.

Un negro, sentado en el bordillo de la calzada, escupió despectivo a la brillante carrocería del «Electra 225». Sus grandes ojos me miraron con insolencia.

Sonreí.

Por varios motivos.

No soy racista. El coche era alquilado. Y de romperle los dientes al negro saldrían cien morenos en su defensa. Por eso era preferible sonreír. En verano, las ciudades como Chicago resultan sumamente peligrosas.

Fui hacia el 133 de Kersen Road. Los casilleros destinados al correo me indicaron el apartamento de Shirley Gascon. Última planta puerta doce.

Afortunadamente el elevador funcionaba.

Si Clint Satton no lograba encontrar al misterioso Boddey, la hermana de Gascon era mi última esperanza de obtener información.

Al abandonar el ascensor arrojé el cigarrillo pulsando el llamador del apartamento de Shirley. Desde el interior me llegó un amortiguado ruido, sin embargo, nadie acudió a abrir la puerta.

Volví a accionar el llamador.

Nuevos segundos de espera con igual resultado.

Instintivamente empujé la hoja de madera. La puerta cedió mansa y suavemente acentuando mi estupor. No era lógico.

Penetré en el apartamento.

El reducido *living* aparecía desierto.

—Shirley... ¡Shirley...!

No fue Shirley Gaseen la que acudió a mi llamada. Primero sentí el inconfundible contacto del cañón de un revólver apoyarse contra mi espalda. Acto seguido sonó la voz.

—Un movimiento sospechoso y te quemó.

El individuo había estado oculto tras la puerta de entrada. Con el cañón me empujó para que avanzara por el corredor.

—Oiga, yo...

—¡Cierra el pico!

La última puerta del pasillo estaba abierta. La estancia correspondía a un coquetón y femenino dormitorio. La decoración era en verdad original. En las paredes grandes fotografías laminadas. De diferentes y variados temas. Para todos los gustos. Charles Chaplin en su visita a los EE.UU. tras prolongados años de ausencia. Un expresivo primer plano de Nixon durante su campaña de reelección. Un espeluznante fotograma de la violación de una mujer bengalí por soldados del Pakistán. La aldea vietnamita de Bau-Tri tras el paso de las tropas norteamericanas y del «napalm»...

Sí, diablos.

Fotografías para todos los gustos.

Las contemplé con superficial mirada. En la habitación había otros detalles que llamaban poderosamente mi atención. Sentada en el lecho se encontraba Shirley Gascon. Pese a que tan solo la había visto en un par de ocasiones, la reconocí al instante. Tenía las manos atadas a la espalda. Frente a ella un individuo con cara de «catcher» sonado. El tipo sostenía en su diestra un cuchillo de corta y ancha hoja.

Me miró con estupor.

—¿Quién es ese?

—Nos lo va a decir al momento —contestó el hombre que permanecía a mi espalda—. ¿No es cierto, amigo?

—Yo... yo... soy el novio de Shirley. ¿Quiénes son ustedes?... ¿Qué buscan aquí?

Mi temblorosa voz hizo reír a los dos individuos.

—Esa era precisamente mi intención.

Que se confiaran.

—¿Es tu novia, nena?

Shirley, chica inteligente, asintió con leve movimiento de cabeza.

El hombre me empujó con el cañón del revólver hacia el centro de la estancia. Quedamos distanciados y pude ver su arma. Una «Super-Star» con tubo silenciador enroscado al cañón. Calibre 7,62.

Muy mortífera.

—¿Cuál es tu nombre?

—Mickey Kendall.

—¿Periodista?

—No... agente de seguros.

El de la pistola rio en desaforada carcajada.

—¿Has oído eso, Norman? ¡Agente de seguros! Espero que tengas una buena póliza para tu persona.

El llamado Norman parpadeó interesado.

—Oye, Logan. ¿Por qué no nos hacemos un seguro de vida? Mi madre recibiría algún dinero a mi muerte.

—Gran idea, caballero —dije con cordial sonrisa—. Por una módica cantidad mensual puedo proporcionarle el mejor seguro de vida. Las cuotas que...

Logan me interrumpió. Era más inteligente que su compañero Norman.

—¿Nos tomas por idiotas, bastardo?

—Yo... solo quería ofrecerles...

—¡Tú sí vas a necesitar un buen seguro de vida! ¿Conocías a Dan Gascon?

—¿El hermano de Shirley?... ¡Oh, sí! Un gran muchacho. Hablé con él en un par de ocasiones. Yo no le resultaba simpático. Me consideraba poca cosa para su hermana. Tengo un buen sueldo y gano

elevadas comisiones, pero Gascon no quería que mis relaciones con...

—¡Cierra la boca!

—Sí... sí, señor.

Logan me aproximó el cañón a la nariz.

—Ahora vas a permanecer quietecito y en silencio. Contigo no va nada, pero si molestas te lleno de plomo.

Logan era opuesto a su compañero. Delgado, rostro enjuto acentuado por largas patillas y ojos saltones de fría mirada. Arrebató el afilado cuchillo a Norman.

—Vigila al agente de seguros, Norman. Lo seguiré. Norman, rostro de perfecto «bulldog», extrajo una automática «Magnum». Me apuntó con aburrido gesto.

—Bien, muñeca —rio Logan delatando en sus amarillos dientes los perniciosos efectos del tabaco y de la falta de higiene—. No hemos encontrado nada interesante en tu apartamento, pero puede que lo guardes en tu linda cabecita.

—Ya les he dicho que no sé nada. Mi hermano no me comunicaba sus problemas.

—Ya. Tampoco has oído hablar de Patrick Boddey, ¿verdad?

—No.

Logan depositó la «Super-Star» sobre el lecho. Con la diestra propinó un brutal trallazo al rostro de Shirley. Esta cayó hacia atrás y el elástico colchón la obligó a sentarse de nuevo.

Aquello no me gustó.

Shirley era demasiado bonita para que un hijo de perra le estropeará la cara. Tendría alrededor de los veinticuatro años. Rostro de óvalo ligeramente alargado. Ojos rasgados y negros como el ágata. Nariz deliciosamente respingona. Labios muy carnosos. Lucía un vestido en semihilo de color azul combinado con color morado y una cinta de fucsia adornando la cintura. Pechero abrochado con cinco presillas.

—Voy a refrescarte la memoria, nena.

Logan pasó de las palabras a la acción. El cuchillo realizó un ágil trazo haciendo saltar una de las presillas.

Luego una segunda.

—Grabaré mis iniciales en tu piel...

Logan sonrió cuando la afilada hoja rompió el tercer botón. Sus ojos adquirieron un lascivo brillo.

El tipo manejaba con habilidad el cuchillo. El nacimiento de los erectos senos de Shirley quedó al descubierto.

Norman, cosa muy normal, tenía más ojos para la muchacha que para mí.

Había llegado el momento de actuar.

Un certero y violento puntapié en la diestra de Norman le obligó a soltar la «Magnum». El muy estúpido se inclinó a recoger el arma. Y

entonces recibió el patadón en pleno rostro.

Logan, sorprendido por mi reacción, alargó la mano apoderándose de la «Super-Star».

Fui más rápido.

De la funda sobaquera saqué mi inseparable revólver apretando el gatillo una fracción de segundo antes que Logan. Este desorbitó los ojos incrédulo. Perplejo de que un agente de seguros utilizara un revólver del 38. Luego dedicó más atención al rojo orificio que había florecido en su pecho. Cayó hacia atrás golpeándose contra la mesa de noche. No le importó. Ya estaba muerto.

Norman, sangrando por la nariz y boca, gateaba en busca de la «Magnum». Al enfilar el cañón hacia mí, recibió el balazo en la garganta. Con ronco estertor se desplomó de bruces. Su pobre madre no cobraría el seguro.

Todo había ocurrido con escalofriante rapidez.

Guardé el revólver en la funda sobaquera para acudir junto a la pálida Shirley y librarla de las ligaduras. La muchacha, pese a aquella tenue palidez, mostraba gran entereza. Sin duda estaba acostumbrada a presenciar escenas violentas por su condición de periodista. Lo demostró apoderándose de una cámara fotográfica. La hizo funcionar enfocando a los dos cadáveres.

—¿Piensa publicarlas?

—No. Son para mi colección particular. Me gusta adornar las paredes de mi apartamento con fotografías que me recuerden el asqueroso mundo en que vivimos. Gracias por tu ayuda, Mickey.

—¿Sabes quién soy?

—Cualquier cosa menos un agente de seguros. Sí, Mickey. Sé quién eres. Tengo muy buena memoria. Mi hermano nos presentó hace cuatro años. Mickey Kendall, detective privado.

—Correcto.

—¿Y el motivo de visitarme?

—Darte el pésame. Gascon era un buen amigo.

—Mi hermano murió hace treinta y dos días. ¿No es un poco tarde para el pésame?

—Ahora resido en Nueva York. No pude acudir antes.

—¿De veras?

Shirley hacía gala de una total indiferencia. Fue al armario abriendo la portezuela. Ante mis perplejos ojos se quitó el destrozado vestido quedando con un reducido dos piezas.

El espectáculo fue breve.

Shirley se ajustó una falda a cuadros blancos y azules. Un ceñido jersey de cuello de cisne resaltó la turgencia de su busto. Con indolencia atrapó una chaqueta azul con remates blancos para concluir su vestimenta.

Ya terminado el fugaz espectáculo me incliné sobre Logan. Encontré su documentación.

Paul Logan, treinta y cuatro años de edad, natural de Los Ángeles, California, y con domicilio habitual en Las Vegas. Nada de interés en sus bolsillos. Norman, igualmente con domicilio en Las Vegas, tampoco mostró detalles de importancia entre sus objetos personales.

—Debo avisar a la Policía, Mickey.

—¿Qué piensas decir?

—La verdad. Dos individuos intentaron abusar de mí, pero la oportuna llegada de Mickey Kendall lo impidió.

—¿Esa es la verdad?

Shirley sonrió.

—La única que puede conocer la Policía.

—¿No vas a hablarles de Patrick Boddey?

—No sé quién es.

—Yo también voy tras él, Shirley. Debo ultimar la misión encomendada a tu hermano.

En ese momento se escuchó el lejano sonido de una sirena. Los vecinos, al oír los disparos, habrían dado aviso a la Policía. Pronto estarían aquí.

Y con ellos el teniente Kellog de la Brigada de Homicidios.

—Tengo que hablar contigo, Shirley. El asunto nos interesa a ambos. ¿Dónde podemos vernos?

—¿No esperas a la Policía?

—No. El teniente Kellog me haría perder mucho tiempo. Es un individuo rencoroso. Su primera medida sería llevarme detenido. Quiero aplazar el encuentro todo lo posible. ¿Dónde nos podemos ver?

—Junto al león de piedra del Art Institute.

—¿Por qué tan lejos de aquí?

—En aquella zona está la redacción del *Betty*. Nos reuniremos dentro de... tres horas. Calculo que para entonces habré terminado mi declaración con la Policía. ¿Conforme?

—*Okay*. Allí te espero.

Abandoné precipitadamente el apartamento.

Las sirenas de los coches patrulla ya eran perfectamente audibles. Sin duda hacían su aparición en Kersen Road. Por eso opté por utilizar la escalera de incendios que conducía a la bocacalle.

Conseguí pasar desapercibido.

Frente al 133 de Kersen Road se hallaban detenidos dos coches de la Metropolitan Police. Con la luz roja girando en la capota.

Encendí un cigarrillo con pausados ademanes. Luego, sin denotar prisa ni nerviosismo, me encaminé al aparcado «Buick».

Acomodado frente al volante hice rodar el coche sobre el asfalto.

Instintivamente dirigí una mirada al espejo retrovisor.

Era la costumbre.

Un negro «Pontiac», estacionado a unas veinte yardas, también inició la marcha.

Diez minutos más tarde, cuando ya abandonaba el Barrio Dolmette, el «Pontiac» negro continuaba tras de mí.

CAPÍTULO VII

No había duda posible.

Me seguían.

El «Pontiac» circuló tras de mí a lo largo de la Michigan Avenue. En medio de aquel intenso tráfico, forzando por no perderme de vista y evitando a la vez el aproximarse demasiado.

Me desvié hacia West Hurón Street rodando paralelamente a la Holy Name Cathedral. Estaba cerca del hotel, pero no era mi intención detenerme allí. Nuevamente giré el volante cambiando repetidas veces de dirección. El conductor del «Pontiac» era un individuo experto, aunque también le ayudaba el llamativo rojo del «Electra 225».

Bien.

Mi deseo era que no perdiera el contacto.

Detuve el coche en Lorrington Street. Por el espejo retrovisor comprobé que el «Pontiac» me había imitado. Perfecto. Abandoné el vehículo encaminándome hacia una sala de máquinas tragaperras cercana. En la puerta de entrada interrumpí el paso para encender un cigarrillo.

Un hombre había descendido del negro «Pontiac» e intercambiaba unas palabras con el conductor.

Sonreí.

Todo salía a la perfección.

Me introduje en el local. No era la primera vez que lo frecuentaba. En cierta ocasión tuve que vigilar a un jovencito que se las daba de «hippie» y resultó ser un maniaco sexual con dos crímenes en su haber.

Sí.

Conocía aquella sala.

Las máquinas tragaperras se alineaban a ambos lados. Las «slot-machines», máquinas de palanca de dólar y medio dólar, eran las más frecuentadas. Otra también muy concurrida era la destinada a los «voyeurs». Por el módico precio de veinticinco centavos se podía contemplar un breve film pornográfico. Todo para distraer sanamente a la juventud de Chicago.

Atravesé la sala a grandes zancadas. El establecimiento contaba con «snack» y dos «discotheques». Una de ella comunicaba con la otra calle. Salida opuesta a la principal.

Redoblé mi presuroso paso al abandonar el local dando un rodeo a la manzana para situarme a espaldas del «Pontiac». Debía apresurarme. Mi seguidor estaría ahora en la «discotheque» y sin duda se percataría de mis intenciones.

Llegué ante el «Pontiac» abriendo bruscamente la portezuela. Al introducirme en el vehículo mi diestra empuñó el revólver en rápido ademán.

—¡En marcha!

El conductor, con la mirada fija en la entrada principal de la sala, dio un respingo por mi súbita aparición.

—¿Qué... significa...?

—¡Obedece!

Clavé el cañón del revólver en el costado del fulano.

Aquello terminó por decidirle. Introdujo la primera velocidad iniciando la marcha.

—¿Qué se propone...? ¿Quién es usted?

—Dobla a la izquierda y pisa fuerte el acelerador.

Mis órdenes, acompañadas por la visible amenaza del revólver, fueron obedecidas al momento.

El «Pontiac» descendió hacia la Carroll Avenue.

—Tu nombre.

—Karl Hageman.

—Bien, Kart. Puedes aminorar la velocidad. Tu compañero ya no dará con nosotros.

—¿Qué pretende?

Contemplé fijamente al individuo. Rostro redondo con fino bigote unido a la poblada barba. De unos treinta años. Sus ademanes delataban una agilidad felina. Un tipo peligroso.

—Yo hago las preguntas, Karl. ¿Por qué me habéis estado siguiendo desde Kersen Road?

—¡Está loco! Nosotros no...

Karl Hageman había detenido el coche ante un obligado «stop». Lo aproveché para golpearle con el cañón del revólver en la rodilla.

El individuo profirió un alarido.

—No me gusta perder el tiempo, Karl. Deja de hacer el tonto o lo pasarás mal. Tengo poca paciencia. ¿De acuerdo?

Mi pregunta fue acompañada de un segundo golpe.

Hageman asintió con lágrimas en los ojos, aunque sin volver a gritar. Dominando el dolor.

—¿Sabes quién soy?

—Sí... Mickey Kendall...

—Perfecto. Creo que vamos a entendernos. Es lo mejor si no quieres correr la suerte de tus compañeros Norman y Logan.

Karl Hageman arqueó las cejas. En su rostro leí un gesto de estupor que me hizo comprender que no guardaba relación con los visitantes de Shirley.

—¿No conocías a Norman y Logan?

—No.

—Interrogaban a Shirley Gascon.

Hageman se permitió una burlona risita. Reanudó la marcha al cambiar el disco del semáforo.

—¿Interrogan a Shirley Gascon? Nosotros ya lo hemos hecho. La chica no sabe nada.

—¿Entonces qué hacíais allí?

—Vigilarte a ti, Kendall.

—¿Por qué?

—Suponemos que nos llevarás hasta Patrick Boddey.

El tal Patrick Boddey debía ser el fulano más buscado de los Estados Unidos. Y el más astuto.

—¿Para quién trabajas, Karl? ¿Para Renato Casalino?

Hageman rio ahora en estridente carcajada. Muy divertido. No parecía importarle que el cañón de mi revólver presionara su costado.

—No, Karl. Deduzco que los fulanos del apartamento de Shirley Gascon sí trabajan para la Organización de Las Vegas. Un tal Paul Logan es el brazo derecho de Broce Campbell.

—Era.

—¿Ha muerto? Tanto mejor. A Casalino y Campbell no les gustará. Tienes al Sindicato del Crimen contra ti, Kendall. Debes cuidarte.

—Todos buscan a Patrick Boddey. ¿Por qué?

—Por tu mismo motivo.

Hice chasquear la lengua un par de veces. No me agradaba la suficiencia de Hageman.

—Responde a mis preguntas, Karl. Sin evasivas. Empieza por decirme para quién trabajas.

Hageman era un individuo peligroso. Un suicida. Bruscamente hizo girar el volante lanzándome contra la portezuela. Un viejo «Ford» que circulaba en dirección contraria nos arrancó uno de los faros.

Hageman enderezó el volante con igual brusquedad.

—¡Cuidado!

Mi aviso llegó tarde.

Un pesado «bus» se echaba sobre nosotros.

Abrí la portezuela abandonando el coche» de ágil salto. Mi cuerpo rodó por el asfalto entre los gritos de la multitud. Se escuchó un penetrante chirriar de frenos y luego un ensordecedor ruido.

El autobús había destrozado al parte delantera del «Pontiac» en violento choque.

Solidaridad humana.

Ayuda al prójimo...

Mentiras.

La muchedumbre se arremolinó alrededor del coche siniestrado haciendo toda clase de comentarios y conjeturas. El conductor del autobús vociferaba como un poseso soltando maldiciones contra el

ocupante del «Pontiac».

Tuve que incorporarme por mis propios medios. Sin la ayuda de la caritativa gente que contemplaba entusiasmada el espectáculo. Mi caída, aunque aparatosa, no me causó daño. Rodé varias yardas por el asfalto hasta detenerme junto al bordillo.

—¡Iba borracho!... ¡Yo lo vi! —gritó una voz femenina—. Avanzaba en zigzag. ¡El muy cerdo iba borracho o drogado!

—Está muerto...

—¡Todos terminan así! —volvió a exclamar la voz femenina—. ¡Él se lo ha buscado! Son todos unos...

El tráfico se había interrumpido. El autobús y el «Pontiac» cortaban la circulación. Hombres y mujeres se amontonaban alrededor de los dos vehículos.

Me aproximé.

Pude ver a Karl Hageman.

El volante clavado en el pecho y la cabeza contra el cristal delantero. El rostro bañado en sangre. Tenía los ojos muy abiertos. Desorbitados por el miedo a la muerte. Su poblada barba, convertida en siniestra esponja, contenía la sangre que resbalaba por su rostro.

Apareció un policía uniformado.

Una voz comentó que el conductor del «Pontiac» no viajaba solo.

Había llegado el momento de retirarse. Tras dirigir una última mirada a Hageman, abandoné lentamente el lugar del suceso.

Tres muertos en pocas horas.

Trágico balance.

Antes de llegar la noche se elevaría el número. La muerte se había adueñado de Chicago.

CAPÍTULO VIII

Hay que ser imparcial.

Chicago no es solo una humeante montaña de bloques de cemento que buscan el cielo. También tiene cosas maravillosas. Una de ellas, el Grant Park. Allí se encuentra la Buckingham Fountain, el monumento a Lincoln... y el Art Institute.

Lugar de la cita con Shirley.

No pude admirar las bellezas que se encierran en los edificios del Art Institute. Shirley fue muy puntual. Avanzó hacia mí con un innato movimiento de caderas. Algunos turistas se olvidaron de las obras de arte para devorar a la muchacha con la mirada.

Shirley era también todo un monumento.

—¿Mucho tiempo de espera, Mickey?

—Acabo de llegar.

La muchacha dirigió una inquisitiva mirada a la destrozada manga de mi chaqueta.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Bajé del autobús en marcha.

—Tu sentido del humor desaparecerá cuando te enfrentes al teniente Kellog. Ya te está buscando por todo Chicago.

Ciertamente aquello hizo borrar la sonrisa de mis labios. Cogí a Shirley por el brazo y comenzamos a andar.

—¿Cómo fue la entrevista?

—Tormentosa. El teniente Kellog parecía un león enjaulado. No te aprecia, Mickey. Creo que has hecho mal al no quedarte a declarar.

—No estaría ahora contigo, Shirley. Y tenemos mucho de qué hablar. Ya encontraré ocasión de justificarme con Kellog.

Shirley se encogió de hombros como dando a entender que mis problemas le tenían sin cuidado.

Llevé a la muchacha al primer «snack» que surgió en nuestro camino. Nos acomodamos en la mesa más solitaria y discreta. Shirley solicitó un vaso de leche con menta. A mí me fue servido un Martini.

Shirley extrajo un paquete de «Newport». Rechacé con un ademán el cigarrillo emboquillado para encender uno de los míos.

—Bien, Shirley. Puedes empezar.

La mujer sonrió. Sus gordezuelos labios, húmedos y de suave curva, eran endiabladamente sensuales.

—¿Empezar? ¿A qué?

—Vamos a poner las cartas boca arriba. ¿Okay? A tu hermano le fue encomendada una peligrosa y sorprendente misión. ¿La conoces?

—No.

—¿De veras? No te creo. Desconfías de mí, ¿verdad? Estoy al corriente de todo, Shirley. Tu hermano debía descubrir un supuesto complot perpetrado en el año 1963 contra el entonces presidente John F. Kennedy.

Shirley exhaló una bocanada de azulado humo.

Impasible.

—Muy interesante. ¿Qué más, Mickey?

—Las investigaciones le llevaron hasta un tal Patrick Boddey. Se entrevistó con él y pareció quedar solucionado el caso; pero aquella misma noche asesinaban a Gascon. Yo prosigo el trabajo que tu hermano dejó incompleto.

—¿También por orden de Frank Beswick?

Sonreí.

La pregunta de Shirley significaba que estaba al corriente del caso.

—Sí. Por encargo de Beswick.

—Y con un millón de dólares como recompensa, ¿no?

—Ajá.

—Mi hermano lo ambicionaba. Solo encontró la muerte. Lo mismo te ocurrirá a ti, Mickey. Ciertamente existió una conspiración contra Kennedy, pero los implicados son gente poderosa. No podrás con ellos.

—Lo intentaré. ¿Puedes ayudarme?

Los negros ojos de Shirley se posaron en la nívea ceniza del cigarrillo. Permaneció unos segundos en silencio. Como queriendo poner en orden sus pensamientos. Desvió la mirada hacia mí.

—En poco puedo ayudarte, Mickey. Mi hermano era muy reservado. Jamás me comentaba los casos que le eran encomendados. Hizo una excepción la víspera de su muerte. Llegó a mi apartamento visiblemente excitado. Me habló de su misión. Encontrar a un tal Patrick Boddey. Lo había conseguido. También mencionó lo del millón de dólares que Frank Beswick, rey del petróleo, le iba a proporcionar por el descubrimiento. Luego, ya más calmado, explicó a grandes rasgos su misión. Una conspiración en el magnicidio de Dallas. En un principio creí que bromeaba, pero su grave voz me demostró lo contrario. Él, con ayuda de Clint Satton y tras largos meses de búsqueda, logró hallar a Patrick Boddey. ¿Conoces a Satton?

—Sí. Clint es nuestro soplón particular. Un individuo que se mueve en todas las esferas sociales y mantiene contactos con todo el mundo. Cobra bien sus servicios, pero es eficaz.

—Dan me telefoneó el mismo día de su muerte. Pocas horas antes. Me ordenó que abandonara cuanto antes Chicago. Sin darme ninguna otra explicación. Sorprendida y asustada fui a su apartamento de la Chicago Avenue. Le encontré muerto. Estrangulado... Ahí termina todo, Mickey. Ya te advertí que no sería de mucha ayuda.

—Los hombres que estaban en tu apartamento, Norman y Logan, ¿les habías visto con anterioridad?

Shirley suspiró apagando el cigarrillo en el cenicero.

—He recibido muchas visitas, Mickey. En primer lugar la del propio Frank Beswick.

—¿Qué quería?

—Junto con el pésame por la muerte de Dan me dio cinco mil dólares. No se los quise aceptar, pero me dijo que eran parte de los honorarios pendientes a Dan. Luego me preguntó si sabía algo relacionado con un tal Patrick Boddey, con las pesquisas llevadas a cabo por Dan... Tampoco le pude ayudar. Le respondí que incluso ignoraba que trabajaba para él. La siguiente visita, tres días más tarde, fue más desagradable. Dos individuos penetraron violentamente en mi apartamento.

—¿Puedes describirlos?

La muchacha sonrió en triste mueca.

—Desde luego. Registraron minuciosamente la casa y luego me golpearon hasta cansarse. Uno de ellos era joven. Rostro redondeado, bigote entrelazado con la barba estilo «bearnés». El otro era de más edad. De fuerte complexión, ojos saltones, rostro cuadrado...

Karl Hageman y su acompañante.

Los dos individuos del «Pontiac».

Hombres al servicio del Sindicato del Crimen de Las Vegas.

—Querían conocer el paradero de Patrick Boddey y todo cuanto había averiguado mi hermano. De nada sirvieron mis negativas y protestas. No sabía nada, pero ellos no me creyeron. Más tarde, convencidos de lo inútil del interrogatorio, se marcharon. Hoy, y gracias a tu oportuna llegada, pude librarme de los nuevos visitantes. Sus intenciones tampoco eran muy buenas.

—Norman y Logan te visitaron con mucho retraso. Treinta y dos días después de la muerte de Dan. Es extraño... ¿Por qué no has pedido protección a la Policía?

—No quiero que intervenga. Si en verdad ha existido una conspiración contra el presidente Kennedy, estarán implicadas personas importantes. Investigo por mi cuenta, Mickey. Mi deseo es descubrir al asesino de Dan. También soy ambiciosa. Una nueva versión del magnicidio de Dallas me valdría el premio «Pulitzer». Voy tras una buena pista. Mi hermano fue narcotizado antes de morir.

—¿Y?...

—Dan era un hombre atlético. Joven y fuerte. Su asesino se vio obligado a suministrarle un narcótico para reducirle y poder estrangularle. Con una media de seda. No hay duda posible, Mickey. El asesino es una mujer.

Acompañé a Shirley hasta la redacción del *Betty*. La entrevista no me había solucionado gran cosa. Tampoco lo esperaba. Dan Gascon, buen detective, no comunicaba la marcha de su trabajo con nadie. Era una de las primeras normas a seguir. La más prudente. ¿Asesinado por una mujer?

La hipótesis de Shirley era infantil. Una media de seda no significaba nada. Recuerdo el caso del asesinato del senador Farrell. Se encontró un lápiz de labios en su mano derecha. El culpable resultó ser su chófer particular.

Estrangular a Dan Gascon con una media de seda pudo ser un ardid del asesino para despistar a la Policía.

Shirley jugaba a detectives. Su fantasía le llevaba incluso a soñar con el premio «Pulitzer».

¡Ah, las mujeres...!

Un taxi me condujo hasta donde había estacionado el «Buick». Sobre el parabrisas encontré el correspondiente boleto de infracción.

Me acomodé frente al volante.

¿Al hotel Darbys?

Puede que el teniente Kellog ya se encontrara allí Esperándome. Dispuesto a echarme la zarpa encima.

Bien.

Había que correr el riesgo. Clint Satton se comunicaba conmigo por medio del hotel. Tenía que estar allí. También se encontraba Stella. No era correcto abandonarla como un paraguas.

Dejé atrás Lorrington Street para subir hacia la Holy Name Cathedral. Pese al corto trayecto, el intenso tráfico me obligó a recorrerlo en veinte minutos desesperantes. Estacioné el «Buick» en el parking del hotel.

Al descender del vehículo vi a Clint Satton.

Estaba en la esquina del edificio. Junto a una cabina telefónica. Sin duda había llamado varias veces al hotel.

Intercambiamos una mirada antes de que penetrara en el Darbys. Atravesé velozmente la sala de recepción solicitando mi llave y acudiendo hacia uno de los elevadores.

—¡Mickey!

Stella me llamaba desde uno de los sillones de la amplia sala. Agitando en su mano derecha un ejemplar del *Tribune*. Hice caso omiso a la presencia de la muchacha ordenando al ascensorista conducirme a la planta tercera.

Abrí la puerta de mi habitación.

Junto en el momento en que sonaba el teléfono.

Atrapé el auricular con rapidez.

—Kendall al habla.

A través del micro me llegó la chillona voz de Clint Satton.

—¡Maldita sea, Kendall! ¿De dónde sales? ¡Llevo toda la mañana telefoneando al hotel!

—Eso significa que hay novedades.

—Sí, compañero. Le he localizado.

La sangre me golpeó con más fuerza en las sienes. Apreté con más ansiedad el aparato. Dominado por la impaciencia.

—¿Dónde?

—Dos mil dólares, Kendall. Quiero que los depósitos ahora mismo en la recepción del hotel. Ahora. Voy a largarme una temporada de Chicago.

—De acuerdo, Clint. ¿Dónde se encuentra?

—Nuestro hombre se hace llamar Jacques Girad, ciudadano francés en viaje de negocios por los EE.UU. Fulano audaz. Ha alquilado un apartamento en el centro de Chicago. El 1.724 de Millston Road, puerta 4-C. Eso es todo, Kendall. No olvides los dos mil dólares. Voy ahora a por ellos. Suerte.

—Pueden ser dos mil quinientos, Clint.

La risa de Satton sonó nerviosa.

—¿De veras?

—Tengo que desembarazarme de una mujer, Clint; y no quiero que el pájaro vuelva a escapar de la jaula. Te adelantas a Millston Road y vigilas a... nuestro hombre.

—¿Has dicho tres mil dólares?

—*Okay*, sanguijuela. Tres mil dólares. Te los daré en mano.

—No, Kendall. Este es un feo asunto. No me gusta. Quiero largarme cuanto antes de la ciudad. Tampoco es mi deseo que nos vean juntos. Puede resultar peligroso para mí. Deja un sobre en recepción. Sin nombre. Con la orden de ser entregado a quién lo solicite. Cuando tenga el dinero en mí poder iré a vigilar a... Jacques Girad.

—De acuerdo.

—Adiós, Kendall. Cuídate.

Satton cortó la comunicación.

Me encaminé al dormitorio. Del maletín aparté tres mil dólares. El anticipo de Frank Beswick quedaba muy reducido.

«Un millón de dólares por descubrir el complot contra John F. Kennedy».

¿Y si no existía conspiración alguna?

Aquella idea me hizo estremecer. Mis honorarios por día de trabajo no llegaba a los diez mil dólares. De no descubrir nada quedaría en deuda con Frank Beswick. Todo por mi generosidad en pagar a Satton, pero tenía la corazonada de que Patrick Boddey se convertiría en una mina de oro para mí.

Abandoné la estancia.

En la sala de recepción me esperaba Stella. Con fuego en sus grandes ojos verdes.

Sonreí forzadamente.

—Ahora estoy contigo, Stella. Un momento...

En el mostrador de recepción solicité un sobre para introducir los tres mil dólares. Ordené al conserje que lo entregara a un hombre que llegaría dentro de unos minutos.

Fui hacia el sofá donde me esperaba Stella. Apenas sentarme vi entrar a Clint Satton. Con seguridad y aplomo se encaminó al mostrador recogiendo el sobre. Segundos más tarde, evitando el mirarme, abandonaba el hotel.

Satton era un buen tipo.

Astuto e inteligente.

—Mi tío está al llegar, Mickey.

Las palabras de Stella me hicieron parpadear perplejo.

—¿Cómo?

La muchacha me miró fríamente.

—Quiere relevarte del caso, Mickey.

CAPÍTULO IX

Soy individuo que no se deja impresionar con facilidad. Sangre fría y nervios de acero. Impasible. Reacciono en una fracción de segundo a cualquier situación insospechada.

Así soy yo.

Aunque creo que estoy perdiendo facultades.

Quedé con la boca entreabierta y parpadeando como un estúpido. Contemplando a Stella con incrédula mirada.

—¿Por qué te sorprendes, Mickey? No has cumplido lo pactado. Son ya dos días en Chicago. Tú deambulando por la ciudad y yo encerrada en la habitación del hotel. Lo triste es que cuando regresas no comentas nada conmigo. Mi tío llamó esta mañana. Quería hablarte. Mi sorpresa fue mayúscula cuando acudí a tu habitación y comprobé que ya no estabas.

—Tenía que...

—Ya te disculparás con Frank Beswick. Mi tío se enfadó, Mickey. Volvió a llamar y, al comunicarle que seguías sin aparecer, decidió emprender el viaje.

Consulté la esfera del reloj.

—El vuelo Nueva York-Chicago no tiene la llegada hasta las...

—Mi tío viaja en avión particular, Mickey.

Sí.

Lo había olvidado.

Frank Beswick, rey del petróleo, príncipe del acero...

—Yo misma le recomendé sustituirte, Mickey.

—Cometerá un grave error, Stella. He adelantado mucho en mis pesquisas.

Stella se reclinó en el sofá cruzando las piernas. Me pareció oír un rugido de entusiasmo procedente del mostrador de recepción. Muy lógico. El conserje debía disfrutar de un maravilloso espectáculo. Stella lucía una abierta maxifalda en *crêpe* de seda roja. El reducido «minishort» era de igual color. Las oscuras medias acentuaban los esbeltos muslos de la muchacha.

Stella me sonrió irónica.

—¿De veras? Espero con impaciencia las novedades, Mickey.

—Pues... ¿Has oído hablar de Renato Casalino?

—No.

—¿Y de Bruce Campbell?

—¿Campbell?... Sí, leí hace poco un artículo sobre él. Con motivo de su detención por evadir impuestos. Fue puesto en libertad bajo

fianza. Aseguran que controla el tráfico de drogas en todo el estado de Nevada.

—Algo más que eso, Stella. Bruce Campbell es pieza clave en el Sindicato del Crimen. Drogas, trata de blancas, armas... Ahora es aún más poderoso. Se ha unido a Renato Casalino, jefe de la Mafia de California. Se ha asociado con un solo fin: cazar a Patrick Boddey.

—¿Ellos? ¿Por qué?

—Quiero averiguar los motivos. Puede que estén complicados en la conspiración contra Kennedy. No lo sé. Tu tío debe confiar en mí. Dile que no podías acompañarme sin poner en peligro tu vida.

—Eso es mentira.

—¿Mentira? Puedo demostrarte lo contrario, Stella. La Policía me busca. He matado a dos hombres.

La muchacha agrandó sus verdes ojos.

Sonreí para tranquilizarla.

—Eran dos matones al servicio de Bruce Campbell. Estoy llegando al final, Stella. Díselo así a Frank Beswick. Ahora debo irme.

—¡Oh, no! ¡Yo iré contigo!

—¿Acaso quieres morir?

Stella palideció.

—Yo...

—Debo acudir a una peligrosa cita, pequeña. Tú también tienes que confiar en mí. Prometo que hoy mismo quedará solucionado el caso. Ahora es necesario que cambiemos de hotel. Recoges mis cosas y abandonas el Darbys cuanto antes. No quiero que la Policía nos encuentre por el momento.

La joven asintió con nervioso movimiento de cabeza.

—Lo que tú digas, Mickey. ¿Adónde voy?

—Me reuniré contigo en el hotel... National. Solicita allí habitaciones, ¿de acuerdo?

—Sí, Mickey.

—Buena chica. ¿Has quedado con Frank Beswick?

—Sí. Debo ir al aeropuerto.

—Bien. De seguro se calmará cuando le comunique el resultado de mis pesquisas. Estoy cerca de la verdad.

—Me gustaría ir contigo, Mickey...

Me incliné sobre la muchacha besándola en la comisura de los labios.

—No puede ser, Stella. No quiero poner en peligro tu vida. No me lo perdonaría nunca. Hasta pronto.

Al incorporarme del sofá no pude evitar un suspiro de alivio. Estaba deseando marchar de allí. Acudir al encuentro del escurridizo Patrick Boddey. Me acomodé frente al volante del «Buick» pisando a fondo el pedal del gas.

En la tercera bocacalle un agente de tráfico cortó la circulación para dar paso a un ululante coche de la Metropolitan Police. Tras él iba otro coche negro. En el asiento delantero pude distinguir fugazmente las facciones del teniente Kellog de la Brigada de Homicidios. Sin duda en dirección al hotel Darbys.

Volví a suspirar profundamente.

Por el momento continuaba a salvo de las garras de Kellog.

★ ★ ★

Millston Road.

Uno de los boulevards más famosos y concurridos de Chicago.

Nuevamente hay que reconocer que el misterioso Patrick Boddey es un hombre audaz. Escondarse en el centro de la ciudad, aunque fuera con nombre supuesto y bajo falsa nacionalidad, era suicida.

Patrick Boddey.

Un hombre que llevaba burlando a sus seguidores por espacio de diez años. Un hombre que no dudó en ir al infierno del Vietnam para permanecer oculto.

Patrick Boddey.

Un tipo misterioso.

Busqué el 1.724 de Millston Road. Todos los edificios de la zona eran modernos. De reciente y revolucionaria construcción. Dedicados a gente pudiente. Llegué ante el número buscado estacionando el «Buick» en doble fila.

Abandoné el coche proyectando una circular mirada a mí alrededor.

Ni rastro de Clint Satton.

Ni por un momento me asaltó la duda de que se hubiera largado sin cumplir el encargo. Satton no era de esos. Incapaz de una traición.

Penetré en el 1.724.

La entrada contaba con dos servicios de conserjería. Me encaminé hacia el elevador de la izquierda. El individuo de recepción, entusiasmado con un «cómic» de Flash Gordon, no se dignó dirigirme una mirada.

Ya dentro de la cabina pulsé el botón número cuatro. Encendí un cigarrillo mientras recorría el largo pasillo.

Apartamiento C.

La puerta estaba entreabierta.

Aquel detalle me hizo arrojar el «Pall Mall» para empuñar el revólver. Empujé la hoja de madera con marcada prudencia. Lentamente. Acto seguido penetré agazapado y de ágil salto. El cañón del revólver trazó un rápido semicírculo.

Nadie.

El *living* aparecía desierto.

En el piso reinaba un sepulcral silencio. No obstante, mi diestra empuñó con más fuerza el revólver. Avancé hacia el salón. Las dos puertas correderas abiertas. La estancia era amplia. Un largo sofá de llamativo tapizado, dos sillones, mesa redonda, mueble-bar con televisor acoplado...

Magnífica decoración.

Destacando poderosamente aquella roja mancha sobre la alfombra.

Tras el largo sofá descubrí el cadáver.

Clint Satton me miraba con desorbitados ojos. Desde el Más Allá. Estaba materialmente cosido a puñaladas. Su blanca camisa teñida por completo en rojo. Una mueca de terror desdibujaba sus facciones. La muerte era reciente. De las múltiples heridas aún manaba viscoso líquido a borbotones.

Mis dedos se cerraron con violencia alrededor de la culata. Dominados por la ira. Sentí impulsos y deseos de apretar el gatillo, de acribillar al sádico asesino...

Incliné la cabeza.

—Perdóname, Clint... perdona el haberte complicado en esto... Tú tenías razón. Es un feo asunto...

Me incliné para cerrar los desorbitados ojos de Satton. Fue entonces cuando me percaté de que el dedo índice de su mano derecha estaba bañado en sangre.

Aparte la inerte mano.

Clint Satton me había dejado un mensaje escrito con su propia sangre. Una sola letra dibujada con tembloroso trazo. Una inicial.

Delatando a su asesino.

Contemplé fijamente la letra «B» que destacaba en rojo trazo de sangre.

Sin apenas mover los labios murmuré un nombre.

—Boddey...

★ ★ ★

No había probado alimento en todo el día.

Me encontraba débil y cansado.

Al introducirme en aquel «snack» no fue con intención de comer. Hubiera vomitado todo. Estaba demasiado reciente el macabro descubrimiento de Millston Road.

Patrick Boddey.

El muy maldito había vuelto a burlarse de nosotros.

Terminé el *whisky* doble encaminándome hacia la salida. Todo estaba como al principio. Nada se había adelantado. El bastardo de Boddey escondido en algún lugar de Chicago. Puede que haciéndose pasar por ciudadano chino.

Clint Satton.

Muerto...

No, no había adelantado gran cosa.

Me encontraba cerca del domicilio de Richard Begley. No me gustaba acudir a él. Al todopoderoso F.B.I. Pero Begley podía proporcionarme algún dato de interés. Tal vez novedades relacionadas con el asesinato de Dan Gascon.

Mis pensamientos se vieron bruscamente interrumpidos.

—¡Hola, Mickey! ¿Qué haces por aquí?

Di un respingo ante la súbita aparición de Lucille. La hija de Richard Begley sonrió divertida por mi sobresalto. El encontrarme con ella fue como un sedante para mis destrozados nervios.

Lucille, ajena a la pasión que despertaba a su paso, lucía un minivestido de seda negra. Sus piernas de largos y esbeltos muslos enfundadas en medias oscuras de blonda.

—Hola, Lucille...

—¿Ibas a visitar a mi padre? No se encuentra en casa. Últimamente tiene mucho trabajo. ¿Me acompañas al club? Está cerca de aquí.

Lucille no esperó respuesta afirmativa. Se colgó de mi brazo y comenzamos a caminar. Minutos más tarde nos deteníamos ante la entrada de un local denominado The Owl.

—Bueno... Adiós, Lucille.

—Entra a tomar una copa, Mickey.

—No...

—Quiero enseñarte algo que te interesa, Mickey. Ven...

Casi arrastrado por la muchacha penetré en el club.

La sala era de las llamadas sicodélicas, pero más bien parecía idiotizante. Luces parpadeantes, tipos melenudos, chicas minifalderas, música ruidosa... El conjunto era ensordecedor. En una de las paredes se proyectaba un film amañado. Fotogramas de la guerra del Vietnam intercalados con una escena cómica de Marck Sennett. Tan pronto aparecía el rostro de Nixon platicando sobre la retirada de tropas como el impasible semblante de Buster Keaton.

Sentí náuseas.

—Oye, Lucille, yo...

—No digas nada, Mickey.

Atravesamos la sala en diagonal.

Los «posters» también proliferaban. El redondo y amarillo rostro de Mao Tse-Tung, con su prominente verruga en la mandíbula, posaba junto con uno de sus conocidos pensamientos: «Yo estoy solo con las masas».

Delirante.

Aquellas luces destellantes me mareaban. De no ir conducido por Lucille hubiera tropezado más de una vez. La muchacha me llevó hacia

un largo y alfombrado corredor distante de la sala.

Allí se disfrutaba de un relativo silencio.

—Lucille...

—Vamos a un reservado —rio Lucille con sensual mohín—. ¿No te entusiasma la idea?

Entorné los ojos.

¡Y luego hablan de la perversión de menores!

Me disponía a soltar una filípica a la muchacha, pero ya había abierto la puerta de uno de los reservados. Dentro de la habitación se hallaba un individuo.

—Adelante, Mickey. Te estaba esperando.

Richard Begley, Agente Especial Encargado del F.B.I., me sonreía desde el interior del reservado.

CAPÍTULO X

El reservado contaba con un sofá semicircular punteado con botones en forma de calavera. Mesa ovalada casi a ras de suelo. Paredes empapeladas al último berrido «in». Un «póster» de John Lennon y su esposa Yoko Ono en escena de amor decoraba el techo.

Y en el centro de la estancia, Richard Begley. Sonreí.

—Desentonas un poco, Richard. Estás medio calvo y la barriga te sobresale demasiado.

El S.A.C. se acomodó en el estrafalario sofá dirigiéndome una respetuosa y penetrante mirada.

—Te admiro, Mickey. Sinceramente te admiro. Esperaba que después de todo lo ocurrido perdieras tu sentido del humor.

—Es lo único que me queda.

—¿No estabas en el hotel cuando llegó Kellog?

—Afortunadamente nos cruzamos en el camino.

—No fue correcto largarte del apartamento de Shirley Gascon dejando dos fiambres. El teniente Kellog no tolera la mala educación. Es un policía muy eficiente. Incluso ha dejado un agente para vigilar mi casa. Conoce nuestra... relativa amistad y estaba seguro de que acudirías a visitarme. El F.B.I. tiene por norma no molestar a la Metropolitan Police. Por eso ordené a Lucille que frecuentara los alrededores y, de encontrarte, te condujera hasta aquí. Ahora podemos hablar con tranquilidad. Sin temor a Kellog.

—¿Por qué me ayudas?

—Creo que investigas un caso interesante para el Federal Bureau of Investigation. Tengo esa corazonada.

Me acomodé junto a Begley sacando mi paquete de cigarrillos. Por unos instantes permanecí con la mirada fija en la llama del encendedor.

—¿Algo nuevo en el asesinato de Dan Gascon?

—No, Mickey. Al menos Kellog nada me ha comunicado. ¿Y tú? ¿Ya has descubierto el supuesto complot contra John F. Kennedy?

—Voy de fracaso en fracaso.

—Tranquilo, muchacho. Sigues una buena pista. Estoy seguro. Los tipos que has liquidado en el apartamento de Shirley eran importantes. Me gustaría saber qué hacía Paul Logan, lugarteniente de Bruce Campbell y brazo ejecutor del Sindicato del Crimen, en el piso de Shirley. La muchacha no quiere colaborar. Dice que los dos individuos trataron de forzarla, pero eso es falso.

—Por una mujer como Shirley Gascon se cometen muchas tonterías.

—Seguro. Aunque resulta un poco extraño que Logan se desplace desde Las Vegas a Chicago con el único propósito de abusar de Shirley Gascon. ¿No opinas igual, Mickey?

Richard Begley tampoco había perdido el humor.

—Sí... es un poco extraño.

—Tal vez puedas sacarme de dudas.

—No, lo lamento. No sé nada.

El hombre del F.B.I. arrugó la nariz mientras movía la cabeza de un lado a otro. Chasqueando la lengua repetidamente.

—Sigues sin colaborar, Mickey. Puedo hacerte mucho daño. Un simple aviso a Kellogg... También está en mi mano el favorecerte y ordenar al teniente que te deje en paz. Con ello podrías continuar con toda tranquilidad tus investigaciones. ¿Qué respondes?

Begley se mostraba razonable.

¿Por qué rechazar su ayuda? Era el único a quién podía acudir.

—*Okay*, Richard. Cerca de Lorrying Street, no recuerdo el lugar con exactitud, ha ocurrido un accidente de tráfico. Un autobús chocó contra un «Pontiac» conducido por un tal Karl Hageman. La Policía local debe tener el informe correspondiente. Quiero que investigues sobre ese Karl Hageman.

—¿Accidente de tráfico?

—Sí. Yo también iba en el «Pontiac». Karl Hageman trató de sorprenderme y no pudo evitar el choque. Murió en el acto.

—Muchos muertos, Mickey.

Succioné el cigarrillo clavando los ojos en el S.A.C.

—En el 1.724 de Millston Road encontrarás otro. Clint Satton. Cosido a puñaladas.

—¿Satton? ¿El antiguo agente de la C.I.A.?

—Sí.

—Cielos... Clint Satton era un buen sujeto. Dejó a la C.I.A. por considerarla peligrosa y se dedicó a una profesión aún más arriesgada. Informador al mejor postor.

—Te equivocas, Richard. Yo conocía bien a Satton. Abandonó la Central Intelligence Agency asqueado de sus métodos. En cuanto a informar al mejor postor...

Apuesto a que el F.B.I. ofrece un millón de dólares por un dato y Satton os escupe a la cara.

—Es posible.

—Satton colaboraba con los amigos. Con los que le inspiraban confianza.

—¿Tú y Gascon, por ejemplo?

—Sí.

—¿Quién le ha matado?

—Patrick Boddey.

Esperé la reacción de Begley.

Perplejidad.

Aquel nombre no le decía nada. El todopoderoso F.B.I. ignoraba la existencia del hombre más buscado de los Estados Unidos.

Tenía gracia.

—¿Boddey?...

—Puedes consultar tus archivos, Richard.

—Lo haré. ¿Cuánto te paga Frank Beswick?

Ahora me correspondió a mí reflejar una mueca de estupor.

—¿Cómo lo...?

—Muy sencillo, Mickey. Simple deducción. Viajas acompañado de Stella Beswick, sobrina del fabuloso rey del petróleo Frank Beswick. ¿Es él quien busca una supuesta conspiración en el asesinato de Kennedy?

—Sí. No está de acuerdo con el informe Warren. Frank Beswick es un ferviente admirador de los Kennedy. Su ambición y anhelo es descubrir la verdad del magnicidio de Dallas. Con ello alcanzaría la máxima popularidad. Quiere lograrlo antes de morir.

—¿Morir?

—Frank Beswick está enfermo. Cáncer.

—¡Diablos...! Si esa noticia llega al público los suicidios en Wall Street estarían a la orden del día. Pánico en la Bolsa, las acciones...

—Lo sé, Richard. Espero que guardes el secreto.

Begley asintió con preocupado semblante.

Me incorporé del sofá arrojando el cigarrillo.

—Hasta pronto.

—¿Dónde puedo localizarte, Mickey?

—En el National.

—Daré orden a Kellog para que cese la persecución. Mañana te presentarás voluntariamente ante él. ¿De acuerdo?

Me encogí de hombros.

—Al final del corredor encontrarás la salida de servicio.

Agradecí la información de Begley. El atravesar por segunda vez la estridente sala del club me producía escalofríos. Abandoné el reservado recorriendo el alfombrado pasillo hasta dar con la mencionada puerta.

Respiré con fuerza.

Incluso el contaminado aire de Chicago me pareció fresco y puro.

Volví hacia el *snack* en cuyas proximidades había dejado estacionado el «Buick». Al abrir la portezuela fui bruscamente empujado por la espalda cayendo sobre el asiento delantero.

Un individuo penetró tras de mí empuñando una pistola.

—¡Pronto...! ¡Ponga el coche en marcha!

El cañón del arma se clavó en mi costado.

Obedecí aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir. El

«Buick» enfiló veloz por la amplia avenida. Dirigí una fugaz mirada a mi acompañante.

Estaba pálido. Su mano derecha oculta bajo la chaqueta.

—¿Quién es usted?

—Creí que lo habías imaginado... Soy Patrick Boddey.

★ ★ ★

El coche realizó un brusco zigzag.

Logré dominar mi sorpresa y enderezar el volante. Contemplé más detenidamente al individuo.

—Controla tus nervios, Kendall... Dedica más atención al tráfico. Las calles de Chicago son... peligrosas.

El hombre hablaba lentamente. Con dificultad y entrecortado respirar. Rostro alargado y de marcada palidez. Su boca de finos labios trazaba un rictus de dolor. La mano que permanecía oculta bajo la chaqueta apareció teñida en rojo.

—¿Está herido?

—Tengo... una bala en el vientre. Disparada por los mismos que mataron a Clint Satton —al ver mi gesto de estupefacción añadió—: Hablé con Satton. Un hombre... inteligente, el único en dar conmigo... Le siguieron. Ese fue un grave error. Para él... y para mí. Yo logré escapar, pero no abandoné la zona de Millston Road. Te esperaba. Satton me habló de ti... He dudado mucho antes de presentarme ante ti, Kendall. Estoy sentenciado. Ellos me han quitado el *dossier* y ahora quieren mi vida.

—¿El *dossier*?

—Sí... todo lo relacionado con la conspiración para eliminar a John F. Kennedy.

Permanecí impasible.

Ya nada podía sorprenderme.

—¿Existió realmente un complot?

—Sí. Yo fui pagado para matar a Kennedy. Todo planeado con anterioridad a la visita del presidente a Dallas... Minuciosamente planeado. Mi rifle enfocó a la cabeza de John F. Kennedy. Y entonces...

—Surgió Lee Harvey Oswald.

Patrick Boddey rio en ronca carcajada. La sangre goteaba sobre el tapizado del coche.

—Sí... Oswald se adelantó.

—¿Tenía relación con vosotros?

—Oswald actuó solo. Por su cuenta. El ahorró a la Organización el pagarme los cien mil dólares prometidos. Yo no había llegado a disparar y, como el trabajo ya estaba hecho, me soltaron cinco mil

dólares. No me mostré conforme. En mí poder tenía el *dossier* que detallaba todos los pasos a seguir para eliminar al presidente. Las órdenes del jefe supremo, los enlaces, los sobornados de Dallas... Todo un bien madurado plan... Solicité cincuenta mil dólares por entregarles el *dossier*. Ellos aceptaron, pero tramaban algo... Sí... habían decretado mi muerte... Soltaron a los perros de presa con la orden de matar a Patrick Boddey, el hombre que sabía demasiado... Movilizaron todo su poder para darme caza, en todo el país, me tenían acorralado... Por eso decidí ir al Vietnam. Allí estaría a salvo. Mejor morir por las balas del Vietcong que caer en sus manos...

—¿Por qué ha regresado?

—Ocho años en Vietnam es mucho tiempo. Esperaba que se hubieran olvidado de mí... Traté de reunirme con mi mujer e hija, pero habían muerto. Asesinadas. Nuevamente comenzó la implacable persecución... Utilicé mil nombres falsos y de continuo cambiaba de ciudad. Aquí, en Chicago, me descubrió Dan Gascon.

Yo... también estaba cansado de huir y acepté el consejo de Gascon. Entregarme al F.B.I. con el *dossier*. Me prometió protección... y Gascon era estrangulado aquel mismo día. Son poderosos, me han arrebatado el *dossier* y ahora quieren mi vida.

—Puedes delatarles. Descubrir todo al...

—No... no me dejarán llegar...

Las palabras de Patrick Boddey resultaron proféticas.

Súbitamente un «Ford Falcon» se precipitó hacia nosotros obligándome a realizar una brusca maniobra para evitar el choque. Una ametralladora surgió del interior del vehículo vomitando fuego.

Todo en una fracción de segundo.

La ráfaga de metralla destrozó el cristal delantero del «Buick». Instintivamente me arrojé sobre el asiento tratando de proteger a Boddey.

Demasiado tarde.

Patrick Boddey se desplomó con la cabeza acribillada a balazos. Bañándose con su sangre.

Gritos histéricos y el chimar de los coches sobre el asfalto. El «Ford Falcon» doblaba velozmente una de las esquinas dejando tras de sí la muerte y el caos.

Me incorporé con lentitud.

Patrick Boddey, doblado en dos, era una deforme masa sanguinolenta. Su rostro destrozado por las balas recibidas.

Muerto.

Y con él terminaba el caso. Al igual que Dan Gascon se había llevado el secreto al Más Allá.

Mi conversación con Richard Begley fue larga y decepcionante. También él reconoció, después de explicarle todo con detalle, que con la muerte de Patrick Boddey se cerraba toda posibilidad de descubrir a los conspiradores. Habíamos fracasado.

Estaba muy cansado.

Begley sugirió proseguir nuestra conversación al día siguiente.

Cuando llegué al hotel National ya la noche se había adueñado de Chicago. Las habitaciones reservadas por Stella correspondían a la planta sexta.

La muchacha salió a recibirme con una sucinta bata de seda. Me dirigió una inquisitiva y temerosa mirada.

—Mickey, me has tenido muy preocupada... Todo el día sin noticias tuyas...

Penetré en la estancia.

Cansado.

Muy cansado...

—¿Dónde está tu tío?

—Aplazó el viaje. Llegará mañana a primera hora.

—Tengo malas noticias para él, Stella.

—¿Qué ha ocurrido?

Me dejé caer en uno de los sillones. Stella acudió junto a mí. La bata de seda se entreabrió, pero aquello no pareció importarle.

—He fracasado, Stella. Todo se ha ido al diablo. Patrick Boddey ha muerto. Le han acribillado ante mis propias narices.

La joven escuchó con atención mis palabras. La muerte de Satton, mi conversación con Boddey... Todo le fue explicado con detalle. Era el único medio de desahogarme.

—No debes culparte, Mickey... Has hecho todo lo humanamente posible. Mi tío lo reconocerá así y sabrá recompensarte.

Sonreí en amarga mueca.

—¿Con un millón de dólares? ¡He fracasado, Stella!

—Frank Beswick es generoso. No tendrás el millón de dólares, pero sí una fuerte recompensa.

—¡Al diablo con el dinero! Era cierto el complot contra Kennedy. No se llevó a cabo por la intervención de Lee Harvey Oswald, pero sí existen los frustrados culpables. ¡Enemigos del país que es preciso eliminar! ¡Y juro no descansar hasta conseguirlo!

—Tranquilízate, Mickey...

Cerré los ojos.

—Dame un *whisky*, Stella. Lo necesito.

La muchacha fue hacia el mueble-bar.

Me ofreció un largo vaso.

—¿Quieres traerme mi maletín?

Stella se encaminó hacia la puerta que comunicaba con la

habitación contigua. Reapareció a los pocos minutos con mi negro maletín, depositándolo sobre la mesa. Al ver mi vaso vacío se ofreció para servirme un segundo *whisky*. Acepté de buen grado.

Sí.

Necesitaba otro *whisky*.

Sentía náuseas y todo parecía girar a mí alrededor. Me sujeté con ambas manos la cabeza. Me iba a estallar de un momento a otro.

—Mickey... ¿qué te ocurre?

La voz de Stella me llegó muy lejana.

—Estoy... muy cansado...

—Toma el *whisky*.

No pude cogerlo. Era incapaz del más leve movimiento. Intenté levantar el brazo sin conseguirlo.

—No... no puedo... moverme...

Stella sonrió depositando el vaso junto al maletín.

Las manos de la muchacha apartaron la bata para despojarse de una de las finas medias de nylon.

Lentamente.

Con sensuales ademanes.

—¿Qué... haces?

Los gordezuelos labios de Stella ampliaron la sonrisa. Ya tenía la media entre sus manos.

—Voy a estrangularte, querido.

CAPÍTULO XI

Mis párpados se cerraban, pero la brutal sorpresa me hizo desorbitar los ojos reflejándose en mi rostro una mueca de estupor. Stella la consideró muy divertida riendo en cantarina carcajada.

—¿Sorprendido? Pobre Mickey... Vas a morir y tienes derecho a conocer toda la verdad. Hemos jugado contigo. Frank Beswick, mi tío, fue quien organizó el complot para asesinar a John F. Kennedy. ¿Motivos? Muchos, querido. ¿Conoces el informe de Buchanan sobre el magnicidio de Dallas?⁶ No iba muy descaminado, aunque el principal motivo de Beswick fue terminar con el poder ejercido por Robert Kennedy, fiscal general por aquel entonces.

—No comprendo...

—Beswick Oil, Beswick Steel... industrias productivas, pero no solo nos dedicamos al acero y petróleo. Armas, Mickey. Fabricamos las más modernas armas que la política de John F. Kennedy, por su deseo de no intervención en Vietnam, hacía peligrar. También contamos con la red de tráfico de drogas más importante del mundo. Nuestra central de Hong-Kong nos suministra morfina y heroína en cantidades fabulosas. Tenemos laboratorios propios en Marsella y Génova. Un ochenta por ciento de la producción de marihuana de México la controlamos nosotros. ¿Más facetas? Trata de blancas, espionaje internacional, asesinatos políticos... Nuestra organización es la más poderosa. Robert Kennedy, duro fiscal general, era peligroso por contar con el apoyo de su hermano. El magnicidio fue planeado y se nombró a un hombre para realizarlo: Patrick Boddey. Lee Harvey Oswald se nos adelantó. Aquello, que sin duda nos beneficiaba, nos produjo quebraderos de cabeza. Boddey demostró ser muy ambicioso y escapó con un comprometedor *dossier* que ponía a la Organización al descubierto. Todo un imperio llevado en el más estricto secreto se tambaleaba. Era preciso acabar con Patrick Boddey y recuperar el *dossier*.

—Y tan poderosa organización tuvo que recurrir a Dan Gascon.

—Boddey era astuto y conocía nuestros métodos. Utilizamos todos los medios para dar con él. Hombres a nuestro servicio, detectives privados, periodistas, personas ajenas a la Organización...

—No dio resultado.

—No. Patrick Boddey se escondía demasiado bien. Durante diez años. Ya habíamos perdido la esperanza, cuando uno de los numerosos detectives contratados nos llamó desde Chicago comunicando haber encontrado a Boddey. Acudimos rápidamente. Dan Gascon cometió el

error de hacer varias preguntas a Boddey. Descubrió la verdad. La Organización del Crimen dirigida por Frank Beswick, el planeado complot contra Kennedy... Gascon tenía que morir. Tu misma muerte, querido. Primero le di un narcótico, luego...

Stella acarició la fina media.

Con diabólico placer.

—Es una dulce muerte, Stella. A manos de una mujer bonita. Como siempre había soñado.

—Gracias, Mickey. Eres un buen tipo. Lamentaré tu marcha.

—¿No me das más explicaciones?

—Poco más queda, Mickey. En el apartamento de Gascon encontré tu dirección. Beswick tuvo la idea de contratarte. Al ser amigo de Gascon te resultaría más fácil seguir sus últimos pasos y dar con el paradero de Patrick Boddey. Has hecho un magnífico trabajo.

—¿Y Casalino, Campbell...?

Stella rio a la vez que sus verdes ojos adquirían súbito brillo.

—La Mafia y el Sindicato del Crimen de Las Vegas se han unido para terminar con la Organización. ¡Pobres ilusos...! Nosotros somos más poderosos. Ellos desconocen nuestra identidad, ignoran quién maneja los hilos... Casalino y Campbell ven peligrar sus ridículos negocios. Descubrieron que Patrick Boddey tenía algo interesante contra la Organización. Un *dossier* que podía acabar con nosotros; pero son inofensivos. Paul Logan tardó más de un mes en averiguar lo de Gascon. Por eso acudió al domicilio de Shirley con tanto retraso.

—Tus hombres ya lo habían hecho.

—Por supuesto, querido. Shirley nada sabía, pero era preferible asegurarse mediante una buena paliza. Todo ha salido bien gracias a ti. Es triste recompensarte con la muerte.

Continuaba reclinado en el sillón.

Sonreí forzadamente.

—Lo esperaba, Stella. No me has sorprendido.

—¿De veras?

—Habéis cometido infinidad de errores. Uno de ellos el recurrir a mí en Nueva York y ofrecerme un millón de dólares. Demasiado fabuloso.

—No teníamos intención de pagarlo, Mickey. Tu precio es la muerte.

—Lo sé. Un millón de dólares es mucho dinero, incluso para un bastardo como Frank Beswick. Yo fui el elegido por mi amistad con Gascon. ¿Misión? Encontrar a Patrick Boddey, supuesto implicado en el magnicidio de Dallas. Admirador de los Kennedy, enfermo de cáncer...

—Era necesario urdir una trama, Mickey. Hacer verosímil la actitud de Beswick. Encontrar a Boddey dando todos sus datos

personales, que conocíamos a la perfección, era delatarnos nosotros mismos. Tan solo nombramos su intento de matar a John F. Kennedy.

—Vuestro grave error fue decirme que Dan Gascon, al igual que los numerosos detectives contratados, indagaba un supuesto complot. Eso era falso. La misión de Gascon era encontrar a Boddey. Tu tío comentó que Gascon había dado el nombre del culpable: Patrick Boddey. Falso. Ese nombre fue proporcionado por el propio Beswick. Shirley me dijo la misión encomendada a su hermano. Encontrar al misterioso Boddey. Y Clint Satton afirmó otro tanto.

Stella se encogió despreocupadamente de hombros.

—Puede que cometiéramos ese desliz.

—No fue el único. Gascon telefoneó a Nueva York para comunicar el haber encontrado a Boddey. Luego se entrevistó con él y descubrió la verdad. Su reacción fue de temor. Ordenó a su hermana abandonar Chicago e intentó ponerse en contacto con el F.B.I. ¿Por qué no comunicar el descubrimiento a su cliente Beswick? Muy sencillo. El culpable era el ilustre y respetado Frank Beswick.

—Muy inteligente, Mickey. Te admiro.

—Aún hay más, pequeña. En el Malambo te delataste. Solo tú podías sospechar mi relación con Clint Satton. Le viste salir de la cabina y entrar en la ocupada por mí segundos antes. A partir de entonces un hombre se encargó de vigilar a Satton, ¿no es cierto?

—En efecto, Mickey. Cuando apareció en el hotel Darbys a por el sobre deduje que había encontrado a Boddey por segunda vez. Le siguieron y acabaron con él. Boddey logró escapar, pero el *dossier* ya estaba en nuestro poder.

—Y gracias al llamativo «Buick» podían seguirme con toda facilidad por las calles de Chicago.

Nuevamente la alegre carcajada de Stella resonó en la estancia.

—Un lujoso «Electra 225» de color rojo... Sí, Mickey. Un coche muy llamativo. Era sencillo seguirte.

—También me hizo sospechar.

Stella se acercó más a mí. Alargó los brazos para enroscarme la media de nylon alrededor del cuello.

—Sospechas, errores... Pobre Mickey. De nada te han servido. Gascon bebió el narcótico al igual que tú. Ahora...

Me incorporé del sillón con brusquedad. Mi diestra salió impulsada para propinar un violento trallazo al rostro de Stella. La muchacha retrocedió cayendo sobre la alfombra. La bata de seda se abrió hasta mostrar un negro y turbador encaje.

El rostro de Stella, pálido como la azucena, era una mueca de estupor. Me contemplaba incrédula, con sus trémulos labios balbuceantes...

—Pero...

Sonreí burlón.

—¿Sorprendida? El *whisky* puedes encontrarlo en el jarrón... No soy tan estúpido como para...

Una voz a mi espalda me interrumpió.

—Cierto, Kendall. Eres endiabladamente astuto.

De la puerta que comunicaba con la habitación contigua aparecieron tres hombres. Uno de ellos era el propio Frank Beswick. Sus dos acompañantes empuñaban pistolas con silenciador.

No me sorprendió.

Lo esperaba.

—Hola, Beswick, ilustre hijo de perra...

—Desármale, Benton.

El llamado Benton resultó ser el individuo del «Pontiac». Sin dejar de encañonarme arrebató el revólver de mi funda sobaquera.

—¿Cómo justificar mi muerte, Beswick? Comparto las habitaciones con Stella y resultará...

Frank Beswick sonrió.

—Tu cadáver jamás será encontrado, Kendall. Voy a...

Los violentos golpes a la puerta de entrada dejaron a Beswick con la palabra en la boca.

Desde el corredor nos llegó una potente y autoritaria voz.

—¡Abran...! ¡Abran de inmediato al F.B.I...!

Los dos hombres de Beswick comenzaron a disparar hacia la puerta.

Aproveché al momento para precipitarme sobre mi maletín y sacar la «German Luger».

Cuando reaccionaron ya era tarde.

Benton cayó con una bala en el pecho.

Justo en el momento en que Richard Begley, acompañado de varios agentes, forzaba la puerta.

Stella y Frank Beswick intercambiaron una angustiosa mirada.

Todo había terminado para ellos.

EPÍLOGO

Me encontraba en el despacho de Richard Begley.

Shirley y yo escuchábamos con atención sus palabras.

—Mucho trabajo para él. F.B.I. El *dossier* está en nuestro poder. Más de un pez gordo caerá. Implicados en el tráfico de armas se hallan varias personalidades. Sin contar las ramas de espionaje, drogas... ¡Diablos! Vamos a tener mucho trabajo.

Rodeé con mi brazo los hombros de Shirley.

—*Okay*, Richard. Entonces no te molestamos más. Trabaja.

—No puedes abandonar Chicago hasta nueva orden.

Mis ojos recorrieron detenidamente el escultural cuerpo de Shirley.

—No me importa. Hasta luego, Richard.

Nos encaminamos hacia la puerta. Ya con la mano en el picaporte me volví arqueando las cejas.

—Una pregunta, Richard... ¿Cómo fue tu oportuna llegada al National?

El hombre del F.B.I. sonrió con suficiencia.

—Investigué ese tal Karl Hageman muerto en accidente de tráfico. Su verdadero nombre era Freddy Beswick, sobrino de Frank. También me interesé por el estado de salud de nuestro rey del petróleo. Mis informes resultaron sorprendentes. Frank Beswick gozaba de envidiable salud. Soy hombre de acción, Mickey. No lo pensé más y acudí al National. Allí comprobé que...

—El resto de la historia la conozco. Adiós, Richard. Abandonamos el edificio.

Mi brazo derecho continuaba abarcando los hombros de Shirley. Esta, lejos de molestarse, se acercó más a mí.

—¿Por qué dijo que estaba enfermo de cáncer?

—Beswick es hombre inteligente. Cáncer, su admiración por los Kennedy, ambición por descubrir los culpables del magnicidio, el millón de dólares... Todo una pantalla para ocultar sus verdaderas intenciones. ¿Lo olvidamos?

—Sí, Mickey.

Comenzamos a pasear.

El «Buick» rojo, al que ya había tomado cariño, quedó a disposición del F.B.I.

Del todopoderoso F.B.I.

El sol caldeaba las calles.

Me miré en los negros ojos de Shirley. De pronto Chicago me pareció una ciudad maravillosa.

—Mickey...

—¿Sí?

—Patrick Boddey no disparó contra Kennedy, ¿verdad?

—No, no llegó a hacerlo.

—¿Solo Lee Harvey Oswald? ¿Sin complot?

Quedé en silencio.

El magnicidio de Dallas, con o sin informe Warren, era un misterio que pertenecía al Más Allá.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en recomendar a
sus lectores la colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras
de

«CIENCIA FICCION»

debidas a la pluma de los au-
tores que mayor éxito han ob-
tenido entre los aficionados a
este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

Notas

[←1]

Muerte de un presidente. Su autor, William Manchester, dejaba traslucir que Lyndon B. Johnson había sido de alguna manera responsable de la muerte de Kennedy.

[←2]

Parques de ganado.

[←3]

Agente Especial Encargado.

[←4]

Estas versiones del magnicidio, y muchas más, fueron en verdad divulgadas por la Prensa de todo el mundo.

[←5]

Sucesos verídicos.

[←6]

Thomas Buchanan, autor del informe que lleva su nombre, opinaba que un magnate del petróleo había planeado la muerte de Kennedy con el propósito de asegurarse el monopolio comercial del petróleo en varios países.